



**Mi vida  
en “La Piedad”**

**Relatos**

**David Carlos Gall**

**BETANIA**



Mi vida en “La Piedad”



David Carlos Gall

# Mi vida en “La Piedad”

Relatos

editorial **BETANIA**  
Colección NARRATIVA

Colección NARRATIVA

Portada: *Detalle de Fantasía*, óleo de Daniel Merino. Colección privada de DCG.

© David Carlos Gall, 2015

Editorial BETANIA  
Apartado de Correos 50.767  
28080 Madrid. España

I.S.B.N.: 978-84-8017-363-6.  
Depósito Legal: M-23783-2015.

Imprime Publidisa.  
Impreso en España — Printed in Spain

## Presentación

Quince de los cuentos y relatos incluidos en esta edición los he seleccionado entre más de un centenar escritos en mis libretas de viaje, muchos de ellos esbozados durante las esperas en aeropuertos, algunos son vivencias personales, otros producto de la fantasía y dos de ellos ya publicados referidos a las dos profesiones en las que disfruté a lo largo de algo más de cincuenta años de trabajo: Publicidad y Arquitectura Ferial. Gracias a ellas pude recorrer buena parte del mundo trabajando, ello me permitió ampliar horizontes laborales pero sobre todo culturales y humanos. Cuatro temas absolutamente distintos me impactaron: La humilde casa en la que vivía antes de su fallecimiento Nelson Mandela en Soweto, el Museo de la Guerra de los Balcanes en Dubrovnik, la casa en Isla Negra (Chile) de Pablo Neruda y la Neue Wache (Berlín) con la escultura de Kathe Kollwitz “Madre con su hijo muerto” como lugar del recuerdo y de la conmemoración a las víctimas de la guerra y la tiranía.

DCG



## Las puertas

Vivimos entrando y saliendo, atravesando todo tipo de puertas. Lo hacemos tan mecánicamente que más de uno atravesó una puerta de cristal sin verla; a otros, en cambio, le cierran la puerta en las narices.

Todos, llevamos asociadas a nuestra memoria distintos tipos de puertas y su particular sonido al abrirla o cerrarla.

Desde el sigilo y silencio con que entornábamos la puerta del dormitorio de los niños por la noche, tratando, después de un largo rato de cantarles nanas (nos dormíamos nosotros y ellos tan despiertos...) de no hacer el mínimo ruido al salir...

La puerta metálica de casa, aquella de dos hojas de color verde inglés, en la calle Moreno, o la otra de rejas que se arrastra contra el embaldosado desde el primer día, desde hace 50 años hasta hoy, en calle Presidente Roca, con un sonido inconfundible al abrirla o cerrarla, acompañada durante años por el grito de mamá: cerrá con llave!!!

Comentando con un amigo el tema sobre el que estoy escribiendo me espetó: ¿Escribiendo sobre puertas?

-Sí, le respondí, es un tema interesante que por la cotidianeidad del mismo no le damos importancia... pero acaso, ¿nunca tratamos de escuchar un diálogo o una discusión desde detrás de una puerta?

Y qué decir de espiar por el ojo de la cerradura. Sonreí...

Dramatizando un poco, alguna vez se me olvidaron las llaves dentro del coche. Manualmente bajé el seguro y cerré la puerta, dándome cuenta al regresar de tomar un café y después de revisar vanamente los bolsillos las descubrí tan tranquilamente ubicadas en el encendido del auto...

O como me pasó aquella fría mañana, en el 9º piso del Hotel Maritim, en Damstard... al oír ruido de blindados en la calle, salí al balcón a ver qué sucedía: sí, son blindados, me dije, al ver una columna de tanques y carriers del ejército USA doblando a la izquierda en la esquina del hotel, cuando de pronto záass!!! la puerta de la habitación se cerró de golpe y me encontré en paños menores, encerrado en el balcón y a 5 grados bajo cero...

Al llegar a España procuré conocer la Puerta de Hierro, popularizada en Argentina desde el exilio de Juan Domingo Perón. Confieso mi desilusión: aquello era una puerta de herrería de dos hojas, como tantas que había visto en las entradas a las estancias del sur santafecino. Era una de las puertas de entrada a Madrid en el siglo XVIII. En cambio me gustó la Puerta de Alcalá, tal vez por la popularidad que le dio aquella canción cantada por Ana Belén y Víctor Manuel...

*Ahí está, ahí está...*

*Es la Puerta de Alcalá...*

Por entonces su mármol estaba enfermo. Se notaba en sus muros, frontis y capiteles algo así como agujeros de impactos de bala. Fue lo primero que pensé al verlos y recordar los agujeros dejados por la metralla en varios edificios de Plaza de Mayo, en Argentina, después de alguna de las asonadas militares.

Y qué decir de las puertas enormes de la Mezquita de Córdoba en España. Aquello es artesanía, con sus dameros, ingleses y la perfecta combinación de la veta de la madera, una verdadera joya de marquetería. O las puertas con sobre-relieves metálicos del convento de Guadalupe en Cáceres.

## **La puerta que mantuvo dividido un país**

Si existe una puerta mítica es la de Brandemburgo, aquella que estábamos acostumbrados a ver durante la guerra fría que dividía Berlín entre la República Democrática y la República Federal Alemana, el Este y el Oeste. Durante 50 años separó física e ideológicamente a familias, y a generaciones de alemanes nacidos a uno y otro lado del famoso muro de Berlín. Recuerdo que la divisé a lo lejos, desde el barrio Mitte en Berlín del este, donde estaba alojado. Caminé un largo rato por el centro ajardinado del boulevard Unter den Linden, con sus árboles sin hojas, una suave niebla, el frío y los edificios con la típica arquitectura soviética de los años 50, que me hacían recordar aquellas películas de espionaje en blanco negro que inundaron las pantallas por entonces. Pasé de un lado a otro lentamente, y lo que eran las antiguas oficinas de control de pasaportes de Alemania del este, hoy son tiendas de souvenirs, en las que se puede comprar desde un trozo del muro (garantizado) hasta infinidad de reproducciones de la famosa y tristemente célebre puerta. Retorné valorando poder hacerlo libremente, cuando hasta solo hace tres años cruzar por allí era una verdadera odisea.

## **Las puertas del cine**

Las puertas del cine, aquellas quejumbrosas de las pelis de misterio, las de vaivén de los Saloon del oeste por donde aparecían el malo o el bueno y aquello terminaba en una balacera; la protagonista oyendo a través de la puerta cómo su pareja hace el amor con su mejor amiga...; a un Nicholson enloquecido emprendiéndola a hachazos contra la puerta en *El resplandor*; las puertas bajas de los juzgados; más de una persecución acaba en un oscuro callejón con el protagonista

intentando vanamente abrir puertas fatalmente cerradas...; las puertas corredizas vidriadas de los habitáculos o las ciegas de los camarotes del tren han propiciado más de una escena de terror... o de risa, en hilarantes comedias como *Con faldas y a lo loco*; y qué decir de las taquillas de las estaciones, aeropuertos, o las cajas de seguridad bancarias y de su rol protagónico en infinidad de secuencias; las puertas de los buses, tranvías, metro, ambulancias, automóviles, aviones, ascensores y trenes. ¿Recuerdan la escena entre Cary Grant y Eva Marie Saint en el camarote del tren de *Con la muerte en los talones*; las giratorias de acceso a hoteles, las de cristal transparente o translúcido, las de los armarios o botiquines, y a Frank Sinatra revolviendo uno en busca de morfina en *El hombre del brazo de oro*; o cómo era la puerta del camarote de los hermanos Marx en *Un día en la ópera*; y un capítulo especial para las puertas trampa, esas que ocultan pasadizos secretos o cajas fuertes, tan utilizadas por Indiana Jones y James Bond; o el pomo girando lentamente ante el terror del perseguido, que sabe quién está detrás de la puerta; y esos intrigantes sobres que alguien pasó debajo de la puerta mientras el o la protagonista dormía o estaba ausente. Alguna vez al llegar tarde al aeropuerto nos encontramos con las puertas de embarque cerradas y sin posibilidad de vuelo hasta el otro día...como le pasó a Gene Wilder en *La mujer de rojo*.

Sin omitir la paradigmática escena de *Bananas*, en la que el dictador derrocado acude presuroso en búsqueda de refugio a la casa de gobierno y no le dejan entrar, cerrándole un enorme portón en sus narices. Desesperado se da la vuelta y apoya la espalda sobre el portón, mientras mira a la cámara con cara de terror incrédulo y es acribillado por los revoltosos cayendo herido mortalmente sobre la escalera. Allí es rápidamente rodeado por la prensa y la TV, y un periodista le arrima el micrófono a la cara preguntándole: ¿Le duele...?

## **El cómic también tiene sus puertas**

El famoso libretista de cómic italiano Macnamara fue gran amigo de Federico Fellini. La muerte de éste les impidió hacer un film basado en una interesante historia suya sobre un Jumbo 747, ubicado misteriosamente en el fondo del mar. Fue el creador de *Las puertitas del Sr. López* un personaje que “escapaba de sus realidades cotidianas” atravesando una puerta que lo llevaba a vivir aventuras y situaciones insólitas, muy alejadas de su condición de hombre “con un trabajo, una familia y una vida rutinariamente normal” hasta que se “escapaba de todo ello por la puertita”, a la que regresaba resignado, luego de vivir esas maravillosas fantasías. El cordobés Horacio Altuna dibujó durante años esas aventuras. Me reencontré con ellos atravesando la puerta de cristal de uno de los pocos espacios dedicados al coleccionismo de comics internacional que existen en Buenos Aires, y que está en calle Montevideo, entre Sarmiento y Juan D. Perón (antes Cangallo).

## **Y que me dicen de las puertas automáticas**

El automatismo puede llegar a ser desesperante. Subir a un ascensor, marcar el piso donde vamos y la puerta se mantiene abierta... insistimos y sigue igual. Sube otra persona, aprieta el botón de cierre y milagrosamente al fin comienzan a cerrarse... pero no, se vuelven a abrir y así durante un buen rato, hasta que todos bajamos resignados y justo en ese momento se cierran y el ascensor parte...

Algo risueña fue la situación creada por las dos puertas automáticas de la oficina de prensa utilizada durante las ferias en IFEMA Madrid.

Allí una “pseudo periodista” bastante mayor, ataviada con un sombrero digno de Royal Ascot, en Berkshire,

Inglaterra, se empeñaba en salir por la puerta equivocada, dándose de bruces una y otra vez contra el cristal, sin percatarse del detalle hasta que alguien le señaló el error y...se volvió a equivocar.

Uno siente aún aquel dolor en los dedos atrapados por aquella puerta cerrada por una fuerte corriente de aire mientras vanamente tratábamos de detenerla.

O dramático, como el caso de aquel hombre que llegaba tarde al banco Popular en Rosario y tuvo la mala suerte de quedar apretado entre las dos enormes hojas que cerraban automáticamente, perdiendo la vida en el intento de poder cubrir su descubierto bancario casi al límite de la hora...

Y los golpes desesperados del piloto de Germanwings pidiéndole al copiloto: “por Dios abre la puerta” que aquel cerró desde dentro mientras aceleraba el vuelo suicida para estrellarse en los Alpes.

### **Una puerta con historia contemporánea**

Todos aquellos que estamos acostumbrados a vivir en libertad recibimos con preocupación el golpe de estado que derrocó el 11 de setiembre de 1973 al presidente chileno Salvador Allende. Lo leíamos en el diario *La Opinión* (recién llegado de Buenos Aires), en el desaparecido café Odeón ubicado en la esquina de Santa Fé y Mitre de Rosario. Aquel día la tertulia del mediodía fue dedicada a comentar el suceso y las noticias que hablaban de una intervención directa de los Estados Unidos en el golpe que instaló a Pinochet en el gobierno de facto.

La última foto de Salvador Allende, metralleta en mano y casco militar, rodeado de guardaespaldas, fue tomada en una de las puertas del Palacio de la Moneda, durante el bombardeo y asedio de los golpistas. Luego

nos enteramos de su suicidio o muerte. Y de sus palabras referidas “...a la vuelta de la democracia y el pueblo chileno caminando en libertad por las Alamedas”.

Como muy pocos tuvo el coraje de morir por sus ideales, no rindiéndose a su traidor jefe militar, prefiriendo un final de lucha.

Aspecto que engrandece su figura, comparándola con la de tantos dictadores civiles y militares que ante una situación similar optaron por el “exilio dorado por el color del dinero que robaron a su propio pueblo”. Larga es la lista: apelo a la memoria del lector y si no les sugiero recurran a las hemerotecas, porque siempre resulta interesante bucear un poco en la parte sucia de la historia.

Este invierno austral estuve en Santiago de Chile y quise conocer la Casa de la Moneda. Una gran plaza da a uno de los frentes del edificio. Ese frente está restaurado porque fue el que peor parte llevó durante los bombardeos y tiroteos de tan aciago día.

Al enfrentarme a la puerta que tantas veces había visto en la última fotografía de Salvador Allende, una rebelión interior me removió viejas historias. Allí están, como siempre, los militares con sus uniformes de gala, botas y polainas relucientes montando guardia. Allí, en esa puerta, y en aquella foto, quedó reflejado un capítulo más de la historia contemporánea chilena y del avasallamiento de la democracia por “el Gran Hermano USA”.

Pedí permiso y me hice sacar una foto un poco alejado de la puerta. Luego dimos la vuelta y entramos al patio de los naranjos, llamado así por los naranjos llenos de frutos que ahí aparecen. Una fuente central ordena el patio interior; a la izquierda, una larga escalera da acceso a las oficinas de prensa. Varias esculturas están diseminadas por las calles peatonales que en diagonal cruzan y recorren el patio interior con forma de plaza. Una de las esculturas

tiene como motivo un enorme trozo de alambre de espino enmarcado: el nombre de la misma es LIBERTAD.

Salimos y caminamos unas cuantas cuadras por las Alamedas, un bullicioso boulevard de doble mano con una arboleda de plátanos a ambos lados de la peatonal central, sintiendo la brisa fría de la mañana en la cara.

### **¿Se acuerdan de *La cabina*?**

He dejado como cierre la famosa puerta de “La cabina”, aquel cortometraje televisivo de Antonio Mercero. Media España hablaba desde las antiguas cabinas, sosteniendo con el pie la puerta plegadiza por si “las moscas”... ¿se acuerdan?

José Luis López Vázquez entraba en una cabina de Telefónica a hacer una llamada y cuando quería salir se quedaba encerrado en ella... todo comenzaba como un accidente sin importancia, pero nadie era capaz de abrir la puerta atascada... ni un cerrajero, ni los bomberos dándole golpes vanamente con una masa. Así pasó un largo día de intentos fallidos, hasta que un camión vino con una grúa a recoger la cabina con José Luis López Vázquez aún dentro y la llevaba a un depósito lleno de cabinas... con cadáveres en su interior.

## *The Falcon Maltes*

La goleta Hernández inició la aproximación al muelle de Lascaris Warf, en Grand Harbour, Puerto Valletta, Malta. El Mediterráneo estaba con un suave oleaje. Sydney siguió con atención el atraque de la goleta. Tras lanzar el ancla, giró lentamente a babor hasta que la eslora quedó prácticamente haciendo un ángulo de noventa grados con el muelle. Después fue retrocediendo hasta que la popa alcanzó la pasarela que un par de marineros acercaron desde el muelle. Otros tiraron unos cabos a babor y estribor, completando la tarea del amarre. Un marinero bajó por la pasarela verificando rutinariamente la seguridad.

Solo viajaban cinco pasajeros. Los primeros en bajar de la goleta fueron un matrimonio japonés con su hija; la señora se empeñó en controlar la descarga de las maletas, exigiendo que las bajasen antes de que ella abandonase la goleta.

Luego lo hizo una mujer de unos sesenta años, alta rubia, de pelo corto, que en el antebrazo izquierdo sostenía a un pekinés y de su mano derecha pendía un enorme bolso negro acharolado de Louis Vuitton.

Sydney aguardaba pacientemente el desembarco, observando, como distraído, a todos los que estaban en el muelle, que en esa zona estaba en obras, cerrado por una alta valla de alambre rectangular, puesta allí por seguridad y que separaba el muelle de un canal de unos veinte metros de ancho, que corría en paralelo. En la otra orilla se veía una amplia escalera que llegaba hasta ras del agua. Tras la calle, como fondo, un edificio de dos plantas, en el que sobre su envejecido frente de tonos ocre, resaltaban los colores vivos de las ventanas de la planta alta, en la que alternaban

los rojos, verdes y amarillos puros. En la planta baja se repetía el esquema, solo que las dos ventanas rectangulares se asemejaban a escaparates y la puerta central tenía un suave arco debajo del dintel.

Al matrimonio japonés lo esperaba un taxi.

Sydney saludó al contraamaestre y desembarcó tomando precauciones. Era un hombre gordo, tanto que su cuerpo pasaba escasamente por la estrecha pasarela. Con su mano izquierda se cogía del cable de acero del pasamanos, mientras que en la derecha llevaba una pequeña maleta, que era todo su equipaje.

Frente a él estaba aparcado un taxi y el conductor, de pie junto al coche, lo saludó y abrió la puerta trasera. Sydney metió la maleta y entró, no sin esfuerzo.

-Fue una buena descripción, lo reconocí de inmediato, dijo el taxista.

Sydney sonrió y le respondió: Con mi físico soy fácilmente reconocible y si a eso añade mi traje blanco y mi sombrero panamá... pensé encontrar un clima más caluroso, estamos ya a mediados de abril...

-Hemos tenido un invierno bastante extraño y la primavera tarda en acercarse, pero no se preocupe por cómo va vestido. Aquí la mayoría de los turistas vienen de Inglaterra, aunque también hay suecos y alemanes. Cualquiera de ellos viene por el sol de Malta y ni bien brilla, ya lo verá usted, aparecen las bermudas, los shorts y las camisetas de manga corta. No hay formalidad en el vestir, dijo girando la cabeza sobre el hombro izquierdo, mirando fijamente al pasajero que ocupaba más de la mitad del asiento trasero del antiguo Mercedes.

El taxi comenzó a recorrer calles estrechas, deteniéndose en rotondas y semáforos, alejándose del puerto por una retorcida ruta interior.

-¿Por qué no vamos por la autovía? preguntó Sydney

-Estamos en plena hora punta. Hoy es viernes y por aquí llegaremos mejor, aunque el trayecto está plagado de rotondas y semáforos, resulta más rápido.

Llegando a las cercanías del hotel, el tráfico estaba atascado. Los buses Bedford, pintados de amarillo, hacían verdaderas piruetas sorteando los coches aparcados en el límite de las esquinas.

-Las calles son estrechísimas en Malta, así que si tienes a un bus delante, hay que armarse de paciencia, porque no hay forma de adelantarlo, ni siquiera cuando se detiene en las paradas, dijo el taxista, sin obtener respuesta.

Sydney se dijo que los atascos son una plaga, se encuentre uno en la ciudad que sea, y por eso se felicitaba de no tener coche. Para él, conducir era un incordio.

Por la derecha apareció una bahía bordeada de edificios antiguos. Al fondo, otros de mayor altura, en construcción. En primer plano coloridos barcos pesqueros en dique seco. Luego el taxi entró en un boulevard de doble sentido, bordeado de palmeras que también estaban en el jardín central.

Por la izquierda, imponía su silueta el rascacielos que alberga el Casino. Al fondo, un conjunto de mástiles con banderas rojas y las siglas IFA indicaban el acceso exterior del Hilton Malta Hotel. En ese momento, el gran hall interior del hotel estaba lleno de gente. Una joven de peluca roja, vestido ajustado al cuerpo y calzado conjuntado en color rojo, era el centro de atención de una treintena de fotógrafos, que la fotografiaban sola y junto a señores muy elegantemente vestidos. Al pasar, a Sydney le pareció ver, por el rabillo del ojo, que uno de los fotógrafos le hacía una instantánea. Le asignaron la habitación 702 y lo que más le agradó fue la terraza cubierta, que daba directamente a un amarradero de yates en la rada del puerto deportivo. Enfrente, una mole de edificios de apartamentos aparentemente vacíos, se prolongaba por la izquierda hasta donde alcanzaba la vista.

Entró en la cabina de teléfonos, que era una réplica de las londinenses. Marcó y aguardó. Al décimo sonido, del otro lado alguien levantó el auricular.

-Hola, he llegado ¿tenemos noticias de nuestro hombre?

-Sí, también está aquí.

-Bien, le espero en la terraza del Paranga Beach Club sobre las 7 de la tarde. No aguardó respuesta. Cortó la comunicación.

Lucía el sol. Estaba comenzando a sufrir el calor húmedo y pegajoso del mediterráneo. Se quitó la chaqueta, la dobló prolijamente y colgándosela del brazo derecho, inició el regreso al hotel, desandando el camino hasta la cabina, ahora por la acera de enfrente, la que da al mar, de la Borg Olivier St.

Tenía sed, le apetecía un trago. Encontró una ancha escalera que bajaba hacia los amarraderos. A ambos lados del segundo rellano había mesas. Mientras bajaba vio que el restaurante de la derecha está cerrado, y que en el de la izquierda había un par de mesas ocupadas. Eligió una en la sombra y se sentó de frente a la entrada mirando al mar.

Pidió un té con hielo y doble medida de scotch. Encendió un grueso cigarro, lentamente, manteniendo la cerilla encendida. Dio una calada, haciendo un gesto afirmativo al ver que había encendido bien. Apagó la cerilla y se dispuso a saborear el té al que le añadió dos cubitos de hielo. Aún quedaban un par de horas muertas antes del encuentro.

Sydney secó su frente con un impecable pañuelo blanco. La mezcla del té con el scotch no le quitaron la sed, pero al menos le ayudaron a pasar el rato. A sus sesenta años, con unos cuantos kilos de más, había perdido agilidad física. En cambio mantenía su mente ágil y un sexto sentido que lo había librado, en más de una ocasión, de situaciones digamos incómodas. Mañana tendría una de ellas. Lo sabía

y eso lo inquietaba, sobre todo por no tener “el dominio” de la situación. Le faltaban algunos detalles que trataría de encontrar en el encuentro de las siete.

Las risas compartidas por una mujer y dos hombres que estaban en la mesa junto a la entrada le distrajerón de sus pensamientos. Son gente divertida y ruidosa... parecen españoles se dijo.

### 3

La tarde era luminosa y cálida. Faltaban 15 minutos para la hora del encuentro. Se sentó en un cómodo sillón de mimbre, en la parte baja de la terraza en la que al parecer, por los preparativos, se serviría una cena. Unos cubos altos de color rojo con el anagrama IFA en blanco en los laterales, distribuidos entre los sillones de la terraza, le recordaron las banderas en el acceso del hotel. Su memoria gráfica seguía siendo buena, muy buena. Lo de la cena allí le sorprendió, no se lo esperaba.

Sobre las siete apareció, caminando, un hombre alto, que vestía pantalones marineros sujetos por un grueso cinturón negro. Un ajustado polo de rayas azules, con mangas cortas y muy ceñido al cuerpo, mostraba un físico trabajado. Su piel era oscura, el cabello rizado y de su oreja izquierda pendían dos aros medianos de plata. Saludó a Sydney haciendo una extraña venia con la palma de la mano derecha y se sentó junto a él.

-¿Cómo está?, Milord, preguntó Sydney.

-Bien, esperando terminar con esto cuanto antes y marcharme.

-De acuerdo. ¿Cuáles son las novedades?

-Solo sé que el hombre se encontrará con usted a las 12 de mañana en las escaleras del Siege Bell Monument, que está en Puerto Valletta.

-¿Cómo lo reconoceré?

-Él lo conoce a usted por referencias y algunas descripciones que le han hecho llegar.

-Este asunto así no es de mi agrado, por lo menos debo saber algo del contacto.

-No, ni usted ni nosotros podemos saber de él, es una condición que han puesto, concluyó Milord.

En esos momentos comenzaron a llegar los invitados a la cena. Milord se levantó, repitió el saludo marinero a manera de despedida, marchándose. Había caminado unos metros, se detuvo en seco y se volvió, y acercándose a Sydney le dijo casi a la altura del oído: mañana llámeme a las 10 por si hay algún cambio. ¿OK? Volvió a saludar marineramente y se marchó.

Sydney pidió la cuenta. Había ya mucha gente y eso no le agradaba. Decidió volver andando hasta el hotel.

#### 4

A las 10 am en punto, desde la misma cabina del día anterior, llamó. El teléfono sonó exactamente 10 veces. Una voz que no era la de Milord le dijo: sin novedad, todo sigue igual, y cortó la comunicación.

Sobre las diez y media subió a un taxi indicándole que le debía llevar a Puerto Valletta. Y que por favor tomara precauciones porque debía estar allí a las 11 en punto.

El taxista asintió comentando: A esta hora no tendremos problemas.

-Mejor así, le respondió Sydney, al tiempo que desplegaba un plano callejero de Puerto Valletta que leyó atentamente mientras iba marcando con un círculo distintas referencias.

Llegando al destino, el taxista se volvió y preguntó: ¿dónde quiere usted que lo deje, señor?

-En la Triton Fountain, por favor, respondió Sydney, al tiempo que plegaba y guardaba cuidadosamente el plano en el bolsillo izquierdo de su chaqueta.

Faltaban diez minutos para las once, lucía el sol en un cielo inmensamente azul.

Sydney decidió caminar por la transitada peatonal Merchants street. La calle tenía una suave pendiente hacia el mar, que se veía recortando el horizonte con su color azul oscuro. Los turistas llenaban la calle sin aceras, los negocios adyacentes y un mercadillo de ropa barata, china, de imitación, que ocupaba un par de cientos de metros obligando a los transeúntes a caminar muy lentamente. Aquello pese a estar en una ex colonia inglesa, se parecía y mucho a un mercado persa.

Al llegar a Mediterranean street dobló a la derecha y continuó caminando por su estrecha acera junto al mar. Debía hacerlo con cuidado porque en Malta se circula por la izquierda y los coches pasaban rozando a los peatones. A lo lejos distinguió en un promontorio el Siege Bell Monument.

Trató de familiarizarse con la zona. Según veía, desde el monumento solo existían tres formas de salir: una, por la que él iba caminando, otra, sobre el final, doblando a la derecha, se bifurcaba la calle en otras dos, San Anthony street y Triq Il -Levant street. Una cuarta posibilidad era el mar, y la descartó inmediatamente.

Subió las escalinatas del monumento, con esfuerzo. Al llegar arriba, debajo de la inmensa campana, se secó la transpiración de la frente. Oteó en el horizonte la bocana del puerto. El tráfico de Mediterranean street, ya de por sí lento, se entorpecía más por unas antiguas calesas turísticas tiradas por un solo caballo.

Un cartel advertía a los visitantes del riesgo que corrían si se quedaban debajo de la campana cuando esta diera las doce campanadas.

A un costado del monumento, unas cuantas placas de mármol blanco recordaban a los muertos de la segunda Guerra Mundial; en el suelo había unas coronas de flores

y en la central podía leerse: “El presidente de Malta a los muertos en combate”.

Con la información visual memorizada, Sydney regresó y se sentó en el bar de la terraza. Desde allí dominaba la calle y a unos doscientos metros estaba el punto del encuentro. Esperó un rato al camarero, hasta que advirtió que no servían las mesas.. Se levantó, cogió el maletín, entró al salón, se sirvió una cerveza y volvió a sentarse en la misma mesa apoyando el maletín sobre sus piernas regordetas.

Faltaban diez minutos para la hora establecida, Sydney estaba al pie de la escalera, según lo convenido. Los turistas subían y bajaban del campanario haciendo fotos desde allí. De pronto, un joven que estaba sentado, apoyado en una pared baja de espaldas al monumento, se incorporó y se le acercó. En su mano derecha llevaba un pequeño sobre.

-Esto es para usted señor, le dijo y se alejó mezclándose entre un grupo de jóvenes que estaban de excursión.

Sydney, abrió el sobre. En un cuarto de folio escrito en ordenador decía: La entrega se hará en la primera planta del antiguo mercado que está sobre Merchants street. Allí le esperan ahora.

Miró hacia todos lados, como buscando a alguien, sorprendido y molesto por la nueva situación. El cambio de planes no le gustaba. Sabía dónde estaba el mercado porque acababa de pasar frente a él mientras bajaba caminando hacia el mar. Miró el reloj y comprobó que eran justo las doce. Le extrañó que la campana no sonara. Habría caminado unos cincuenta metros cuando sonó la primera campanada, profunda, prolongada. Instintivamente se volvió a mirar la campana que siguió sonando hasta completar las doce. Miró el reloj: eran las doce y tres minutos.

El mercado estaba en obras. Las escaleras mecánicas que llevaban a la primera planta no funcionaban y las estaban reparando en ese momento. El antiguo edificio que albergaba el mercado era una estructura metálica autoportante pintada de color blanco, que sostenía con sus vigas la entreplanta y el techo de chapa a dos aguas, con sus espacios de ventilación verticales. Algunos puestos estaban cerrados; en otros se ofrecía el género a los clientes habituales y a algunos turistas perfectamente identificables por su escasa ropa.

Observaba atentamente todos los movimientos de la gente que entraba y salía del mercado. Hacía mucho calor, aumentado por el techo de zinc. Pensó que al ser un edificio antiguo no tendría aire acondicionado. Una mosca se empeñaba en caminar por su sudorosa frente. Sydney la espantó un par de veces con el pañuelo húmedo, sin resultado.

Oyó una voz de mujer, a su espalda, que decía: hola, señor Sydney. Se volvió sorprendido y mayor fue su sorpresa al encontrarse frente a sí a la enigmática mujer de pelo corto y rubio que viajó con él desde Nápoles hasta Malta en la misma goleta.

-¿Sorprendido?, preguntó ella.

-Sí, esperaba encontrarme con un hombre. Nunca con una mujer, le respondió.

-Así son las cosas de sorprendentes, señor. ¿Tiene usted lo convenido?

-Sí, respondió Sydney, lo tengo.

-Bien, caminemos hacia la terraza del fondo, allí haremos la operación.

La terraza, a cielo abierto, tenía el lado derecho y el frente cerrado por una balaustrada de columnas bajas. A la izquierda, una escalera bajaba hasta el ras de la calle, que salvo los coches aparcados y un camión blanco en el que se leía DANONE, estaba prácticamente desierta.

-Veamos, dijo ella, al tiempo que sacaba del bolso acharolado un CD. Esta es nuestra parte. ¿Me enseña la suya?

-Sydney se apoyó en la pared, abrió el maletín y le enseñó el interior. Estaba lleno de fajos de billetes de 500 euros. Esto, dijo, completa en efectivo la cantidad pactada. Como habrá comprobado, la transferencia anterior a las Caimán se hizo en su momento. Debo chequear antes el CD.

-De acuerdo, dijo ella.

Extrajo de la tapa del maletín un portátil blanco, lo encendió, introdujo el CD y comprobó la información en distintos espacios del mismo.

-Es correcto, dijo. Ha sido un placer, el maletín es suyo... el ordenador se queda conmigo, no me pertenece.

-Gracias, dijo la mujer, comenzando a bajar la escalera. Llegó al camión blanco de DANONE, que se puso en marcha echando una bocanada de humo. Luego bajó raudo por San Paúl street, hasta que giró a la derecha, desapareciendo.

La operación había durado cinco escasos minutos.

A unos cuantos miles de kilómetros, en Londres, y particularmente en el distrito financiero de Canary Wharf, mil trescientos inversores de dinero negro, iban a comenzar a tener dificultades con el fisco, cuando Sydney, como agente de delitos financieros del M 15 le entregase el CD al fiscal del distrito que alberga una de las opacas burbujas financieras más importantes del mundo.

Abril 2009

## Aquel silencio profundo...

**Ramón** estaba callado, meditabundo... había cosas incomprendibles para él.

Venía de la precordillera de los Andes, del norte salteño, a más de mil quinientos kilómetros de Buenos Aires, de un pueblo con un solo grifo y con un solitario foco de alumbrado público. Así eran las cosas en Minas Capillitas. Todo funcionó hasta que la explotación en la mina de cobre cesó por la bajada internacional del precio de la materia prima, creada artificialmente por los “gringos” para “joder”, más que a los chilenos, a Salvador Allende, el presidente socialista que gobernaba entonces el alargado país trasandino.

Ahora estaba en el Gran Buenos Aires, viviendo en una Villa Miseria precaria, saturada por casillas construidas de hojalata, cartón grueso y techos de chapas de zinc de segunda o tercera mano, con agujeros tapados con brea y en pocos casos, con tela asfáltica. Las calles de tierra, con dos zanjas bordeándolas, cavadas en la tierra directamente, para recoger el agua de lluvia y algún que otro desagüe de los ranchos o chamizos. Eso sí, había luz. Bueno... alumbrado público y de él se “colgaba toda la Villa gratuitamente”.

Esa noche no había prácticamente nadie en la calle, solo él caminando con las manos en los bolsillos y algún perro vagabundo revisando desperdicios en busca de algo que comer.

En los huecos con formas de ventanas de los ranchos se veía el parpadear de la televisión, se oían murmullos, alguna exclamación de asombro y poco más.

Se acercó al único grifo público del barrio, lo abrió, se enjuagó las manos y poniéndolas tan primitivamente como

las habrá puesto el más antiguo de los humanos, recogió agua y bebió, como hacía 30 años atrás, en Minas Capillitas.

Todo es igual, pensó; nada ha cambiado, aunque si había un cambio.

Le faltaba el silencio profundo de la noche en la precordillera, ese silencio extrañamente solitario, mientras él recorría el sendero mirando un cielo puro, limpio, poblado de estrellas brillantes que ahora tampoco tenía en la gran urbe. Cuántas cosas sencillas faltan aquí, se dijo, mientras se restregaba las manos, aún húmedas, tratando de secarlas.

Pegó la vuelta. Estaba haciendo un poco de frío, metió las manos en los bolsillos del gastado pantalón vaquero, apresuró el paso apartándose de un perro que le ladraba amenazador.

Era lo único que se oía en la Villa. El ladrido se multiplicó por solidaridad canina, formando un extraño concierto de bajos y tenores hasta que de pronto, como queriendo sumarse al coro, desde muchas, muchísimas casillas, surgió un grito, una multitud de gritos solidarios:

GOOOOOOLLLLL, GOOOOLLLLL, GOOOLL

El largo silencio se había roto.

Ramón sonrió y pensó para sus adentros: fútbol: pasión de multitudes, tal cual como lo define el gordo Muñoz, por radio Rivadavia.

Era lo único similar a los anocheceres de Mina Capillita, el grito de GOOOLL...por lo demás, la precariedad y la miseria eran similares allá o acá.

Solo el cielo nocturno y el silencio eran diferentes.

8 de mayo de 2005

## El “otro” Don Julio

La Sociedad Rural de Rosario en los años 60 tenía sus calles de tierra, algunas con añosos pinos y otras bordeadas con enormes eucaliptus.

Allí se celebraba anualmente la tradicional Exposición Rural, en sus vetustos pabellones se daba cita la ganadería de la zona predominantemente Holando Argentino (productora de leche), Heredford, Charolais y Cebú (productores de carne), también se exponían, lanares, porcinos y gallináceos. La industria tenía dos pabellones y la maquinaria agrícola, silos, etc. Exponía al aire libre.

En la parte de atrás del recinto lindante con el Club Atlético Provincial, estaba ubicada una gran nave almacén.

Allí lo conocí a Don Julio. Estaba haciendo un rótulo sobre un panel de fondo negro con letras blancas, era un listado de ganado que se iba a rematar ordenado por los premios obtenidos.

Hacía frío y me quedé largo rato mirando trabajar a Don Julio. Las letras por entonces se hacían una por una a pincel. Don Julio protestaba mientras trabajaba febrilmente: - ¿A usted le parece? No hay derecho, siempre a última hora me dan estos enormes rótulos ¡Con todo el trabajo que tenemos en los stands! A Don Julio le ayudaban Pedrito, letrista especializado en letras de oro y Julito (el hijo de Don Julio, bioquímico de profesión, excelente heredero del oficio de su padre, muerto muy joven un par de años más tarde en un accidente de automóvil).

A partir de ese día Don Julio pasó a ser nuestro rotulista; de físico menudo, más bien bajo, vestía jardinera gris, botines militares negros con suela de goma para el barro, usaba gafas, andaba siempre presuroso y de vez en cuando

le gustaba demostrar su estado físico haciendo la vertical en los mecano tubo de algún stand, en aquellos tiempos ya era para nosotros una persona mayor (hoy ronda los 80) con una vitalidad laboral y física asombrosa. Disfrutaba con la altura caminando sobre un andamio a 3m. o en una cornisa a 50m. sin inmutarse.

En una oportunidad haciendo un stand para Café de Colombia se nos presentó un problema serio, el cliente quería ubicar a los dos lados del ingreso dos enormes rótulos con las figuras de Juan Valdés en uno y el otro el famoso mulo o mula cargando con los sacos de café y una serie de detalles más (prácticamente se reproducían las dos caras del envase a gran tamaño).

¿Quién nos hace esto? Fue la primera reacción e inmediatamente se pensó en consultar a Don Julio para que nos diera una orientación o alguna pista.

Sonriendo Don Julio nos espetó sorprendiéndonos: - ¡Eso lo hago yo!

-¿Usted domina también la figura humana? Le preguntó alguien de la agencia.

-Claro, ya le invitaré a casa para que vea algunas cositas. Le respondió Don Julio.

El trabajo se hizo, el cliente quedó contento, el stand tuvo el único inconveniente de la lluvia, aquello era un lodazal, tuvimos que improvisar un pontón para que se pudiera acceder a él; agosto en Rosario era lluvioso, gris y frío en pleno invierno austral.

Al cumplir la prometida visita descubrí al otro Don Julio, al artista, al pintor, me fue enseñando lentamente su obra, hablaba pausadamente y se detenía en cada cuadro haciendo comentarios y señalándome detalles, era otro Don Julio evidentemente. Su casa es hoy un gran atelier que atesora su obra. Allí me enteré de sus inicios con el maestro Berni, su época de bohemia en Palermo Chico (barrio nor-

te de Buenos Aires), sus exposiciones, sus técnicas con la acuarela lavable, de los cuadros inspirados en los dibujos de su nietita y de los premios ganados.

Hoy su obra está colgada en los más importantes museos de Argentina y en muchas pinacotecas particulares.

Sigue pintando en su mundo de paisajes y bodegones, lejos de la necesidad de ganarse la vida haciendo rótulos. Preocupado por la escases de tiempo "...con todas las cosas que tengo que hacer".

Eso sí, sigue haciendo gimnasia, en su garaje tiene un par de anillas y un trapecio, allí todas las mañanas realiza sus piruetas; después viene lo otro, con mameluco, gorra, gafas caladas, radio, mate y un bastidor en blanco entra en su mundo, muy lejos de los rótulos, tal vez pensando -mientras pinta- en reencontrarse en el más allá con Julito, su hijo, que tan bien dominaba el oficio de rotulista.

Artículo publicado en la revista *MFFC (Madrid)* N° 37, marzo 1990, página 37.

## Sin testigos

La barra del bar del hotel Santa Cecilia, en Ciudad Real, estaba poco concurrida esa mañana de domingo, sobre las 11. Un par de parroquianos al fondo de la parte larga de la ele que forma la barra, tomando café y leyendo el periódico. Dos señoras ocupaban la parte corta. Ellas también desayunaban, repasando las ofertas de los dominicales. En el ángulo de la barra había una pareja que recién acababa de sentarse en los altos taburetes y estaban decidiendo el desayuno.

Afuera hacía frío y el viento acompañaba la suave y fina lluvia que caía racheada.

Se abrieron las transparentes puertas corredizas, dando paso a un hombre de un metro noventa, gordo, desaliñado, las mangas de la gabardina le ocultaban la mitad de sus pequeñas y regordetas manos. Se cubría la cabeza con una gorra de paño grueso gris a cuadros; por delante del oído le caía el cordel que sujetaba las gafas, que estaban medio ocultas tras el desabrochado abrigo. Se sentó en una banqueta entre la pareja y el par de parroquianos. No se quitó la gabardina. Depositó sobre la barra un atado de cigarrillos y un mechero. Cogía el cigarrillo extrañamente, con el pulgar y el índice pasándolo debajo del dedo corazón. Sus caladas eran hondas y no le preocupaba exhalar gran cantidad de humo directamente sobre la barra. Una barba negra y desprolija cubría su redonda cara. El prominente vientre se entreveía cubierto por una arrugada camisa. No llevaba jersey.

Pidió un café y una copa. Mientras esperaba, aplastó el cigarrillo en el cenicero; cogió otro, lo encendió y repitió la gran calada y llenó buena parte de la barra de humo.

Nadie comentó nada. Los de la pareja se miraron en la inteligencia común de no decir nada. Una de las señoras que estaba al lado de ellos abanicó el aire con las páginas salmón del suplemento económico.

El camarero le sirvió el café y la copa en un pequeño vaso de los utilizados para servir chupitos.

El gordo no dijo palabra, echó el azúcar, removió lentamente el café con la mirada perdida detrás de una nube de humo. La cucharita, en esa mano parecía un juguete. Tomó el café en dos sorbos. Apagó el cigarrillo y encendió otro. Se rascó parsimoniosamente el pabellón del oído derecho con el dedo meñique de la mano del mismo lado, como si quisiera mostrar a todos el anillo que llevaba, con una piedra celeste.

En la barra se había hecho un extraño silencio, tratando de ignorar -sin conseguirlo- la imponente y extraña figura del gordo, que apuró de un trago la copa inclinando, no sin dificultad, su cabeza hacia atrás.

Justo en ese momento sonaron dos disparos. El cuerpo del gordo se balanceó, tímidamente hacia adelante y después, por efecto de los disparos, como si repitiera el gesto al tomar el trago, hacia atrás hasta caer estrepitosamente de espalda. Su cabeza retumbó al dar contra el suelo blanco, dejando un hilo de sangre que comenzó a crecer rápidamente.

El camarero de la barra fue el único que se percató del suceso. Él vio a un hombre joven que sin mediar palabra disparó a la cabeza del gordo, escapando tan silenciosamente como había entrado por el doble juego de puertas correderizas, hacia la calle.

Todo había sucedido en un instante. Nadie, salvo el camarero, había visto nada.

Al otro día el periódico de la región hablaba de un ajuste de cuentas por un asunto de drogas. El camarero manifestó

a la policía que estaba agachado sacando del refrigerador un zumo que le habían pedido las dos señoras. Estas dieron como cierta la aseveración del camarero. Ellas tampoco vieron nada: estaban entretenidas revisando las ofertas de regalos navideños del dominical.

La señora de la pareja sufrió una crisis nerviosa, pensando que el sonido de los disparos eran petardos que algunos jóvenes habrían hecho estallar en la puerta del hotel. Su pareja la sujetó y él también pensó en lo mismo. Los otros dos parroquianos estaban enzarzados en una discusión futbolera y tampoco notaron nada.

08/12/2008

## Miré la hora, eran las 9 y media de la noche...

Salir de pesca un domingo de agosto en pleno invierno austral es, según algunos amigos, “cosa de locos”. Opinión entendible, aunque no compartida por aquellos que nos gusta el río y la pesca.

Desde la noche anterior se van acrecentando las expectativas: sobre todo, saber qué día hará mañana. Los pronósticos son buenos: sol y frío con algunas nubes por la tarde.

El domingo amaneció con cielo limpio y muy frío a primera hora. Sobre las 10 partimos hacia Granadero Baigorria, pueblo al norte de la ciudad de Rosario. Vamos a casa de Rubén, un amigo de toda la vida con el que ya hablamos por teléfono comentando sobre el estado del día y tomamos la decisión de irnos de pesca.

Rubén nos estaba esperando.

-Por fin llegaron, che, el día se está nublando. ¿Qué hacemos?

-Vamos pescar, ¿a eso vinimos no?

-Bueno, hay que sacar las lombrices, encargate de eso, Lucas, mientras yo preparo los aparejos y los bidones de combustible... así cargamos aquí en el pueblo y no perdemos tiempo cargando en el embarcadero.

-Yo voy a comprar el asado y el vino.

-Rubén ¿qué pasó con la carnada viva de la bañera? pregunté.

-Este es como es... la mató la helada, refiriéndose a las mojarras que siempre tiene en una antigua bañera enlozada debajo de un limonero cargado de frutos.

Terminado de cargar el coche, partimos. Hicimos dos paradas: carga de gasolina y compra de pan. De allí al embarcadero, pasando por una avenida de dos manos con una

sola pavimentada (por esas cosas de la “falta de presupuesto”). Antes de llegar a la bajada, a mano izquierda, en una especie de campo de fútbol rodeado por añosos gruesos y altos eucaliptos, había gran cantidad de coches aparcados, un cartel anunciaba “Hoy doma y asado criollo”.

-Lo hacen bastante seguido, este como es... la gente se divierte, es barato y algunos pibes aprovechan y montan por primera vez un caballo, acotó Rubén.

Aparcó el coche en el parking muy cerca de la lancha, todo un síntoma, con el frío que hace poca gente sale a navegar y menos a pasar el día en la isla.

Comenzamos la tarea de descarga y transporte de avíos, alimentos, bidones, cajas de anzuelos, etc., a la vera de la lancha. Allí quitamos la lona protectora enrollándola de proa a popa. Rubén colocó el tapón de desagüe de la sentina y mirándome me comentó: Este como es... una vez me olvidé de ponerlo y casi me hundo...

Subió a bordo, conectó con cierto esfuerzo por el frío los terminales de la batería, cargó el depósito de gasolina que estaba vacío (tiene dos) y cargamos todo lo traído a bordo. El tractor estaba esperando. Lo operan dos jóvenes, uno conduce y otro va de pié sobre un soporte especial, desde allí, cuando la lancha flota, la desengancha del trailer de dos ruedas que queda sumergido en la rampa. Rubén me tira un cabo y me pide que tire la lancha hacia el muelle de madera, donde Lucas, con un medio mundo pequeño, se entretiene sacando mojarras y armados pequeños que usaremos como carnada. También salen muchas palometas pequeñas. Son feroces depredadoras y peligrosas si se las intenta agarrar con las manos... la solución: pisarlas y devolverlas al río como alimento de otros peces y de sus feroces familiares.

El motor Suzuki arranca a la primera; subimos a bordo, nos alejamos un poco del muelle con el bichero y partimos

hacia la isla bajando en diagonal con corriente a favor hasta las proximidades del puente que une a Rosario con Victoria (es un trayecto de unos 10 o 15 km. El Paraná por allí tiene unos 5km de ancho), cuando pasamos por el canal el sonar marca 17 metros de profundidad, el río está bajo, allí normalmente 22 son los metros. Vamos doblando hacia la izquierda bordeando la isla, hay que tener cuidado con los bancos de arena sumergidos. Los troncos, al estar el río bajo, se ven a simple vista. Rubén acelera y la lancha se levanta de proa, el frío te cala los huesos, y el muy “turro” todavía no puso la puerta en el pasadizo que une la proa con el resto de la lancha, y allí casualmente voy sentado yo, así que le grité: pará un poco, al tiempo que agarraba la lona de proa e improvisaba una especie de puerta cubriendo el hueco y me protegía lo mejor posible del viento frío y húmedo.

-Acelerá nomás, le dije al tiempo que me agarraba al parabrisas y subía el ala del sombrero de paño tratando de que no se lo llevara el viento. Rubén, conocedor del tema, lleva su gorra de cuero atada debajo de la barbilla.

-Perdí un par, ahora la ato, así no se la lleva el viento, me comenta al verme sostener con la mano libre el sombrero.

Llegamos a la Boca de la Milonga. No había nadie, entramos a la derecha lentamente por el Paranacito (un brazo de unos 20 metros de ancho), allí están ancladas dos casas flotantes. Construidas sobre dos cilindros en estructura metálica, las dos tienen un habitáculo con techo a dos aguas, puertas y ventanas cubiertas con mosquiteros y al final, sobre la popa, una barbacoa techada, de la que sobresale una chimenea de tubo con sombrerete. En lo alto un tanque de agua. Pensé: están bien equipados, sus dueños pueden pasar unas vacaciones o un fin de semana con comodidad.

Seguimos por algunos brazos más angostos y nos sorprendimos por la cantidad de peces de distinto tamaño, flotando muertos.

-Unos dicen que fue el intenso frío, no lo creo ¿desde cuando los pescados se mueren de frío en el río? dijo Rubén

-Alguien debe haber contaminado el agua, alguna industria...comenté

-Seguro que es eso, son unos hijos de puta, lo contaminan todo...dos por tres aparecen miles de peces así ¿te parece? Como nadie controla nada en este país...pasan estas cosas, siguió argumentando Rubén, al tiempo que giraba el volante entrando de nuevo en el Paranacito

En vez de ir al Pozón (se llama así porque de allí se extrajo la tierra utilizada en las rampas y carretera de acceso al puente, alcanzando una profundidad de 25 metros, unos 1.000 metros de largo por 500 de ancho) doblamos a la derecha amarrando la lancha en un puntazo, en el que se da bien el dorado. Al otro lado del brazo había una lancha amarrada con dos pescadores tirando la caña. Eran los únicos que encontramos pescando; habíamos cruzado con algunas lanchas en el trayecto y poco más, ya que el frío, pese al solcito, era intenso.

Bajamos la carga. Lucas y Rubén encarnaron y tiraron sus cañas. Soplaba un poco de viento y las boyas derivaban lentamente hacia la playa.

Yo me encargué de conseguir leña, asunto simple en la isla donde los espinos resinosos, aún verdes, dan buen fuego. Al caminar por las huellas hay que tomar ciertas precauciones por las víboras. Haberlas las hay, sobre todo la Yará, que si te pica solo tenés un par de horas de plazo. Si no te inyectan el antiofidico en ese tiempo...no lo contás. Es conveniente llevar una vara larga e ir golpeando los lugares sospechosos; suelen estar adormiladas por el frío detrás de las matas de pajonal, al amparo del viento, tomando el sol...

El fuego encendió con fuerza después de tres intentos y al rato las brasas estaban a punto, la parrilla acomodada

sobre unas piedras y un tronco, los chorizos y el asado asándose lentamente.

Un buen trago de vino compartido sirvió de aperitivo y de paso alivió el frío.

Del dorado sin noticias, se comieron la carnada un par de veces (posiblemente las palometas) y poco más. Así que Rubén y Lucas plantaron las cañas y se acercaron al calorcito del fuego. Dimos buena cuenta de los chorizos y el asado. Pusimos el agua a calentar y preparamos el mate.

Rubén sugirió: este como es... todavía es temprano, después de tomarnos unos mates, vamos a cambiar de lugar; subiremos uno mil metros a ver si hay más suerte.

-De acuerdo afirmó Lucas, mientras comía como postre unas facturas rellenas de dulce de leche.

Apagamos el fuego con agua, sobre todo los rescoldos tan peligrosos cuando levanta el viento, si quedan mal apagados más de un incendio han provocado. Cargamos todo en la lancha, subimos y Rubén le dio al encendido.

El Suzuki no arrancó. Una y otra vez lo intentó y nada...

-Se ahogó, ahora las bujías están empastadas, las tengo que sacar y limpiarlas...

Lo intentó él, después yo y por más fuerza que hicimos con la herramienta fue inútil, no se movían, estaban durísimas...

-¿Y ahora que hacemos?, pregunté.

-Cruzamos enfrente a ver si los de la lancha nos pueden ayudar a sacar las bujías con otra herramienta, me respondió Rubén.

La corriente no era muy fuerte, así que fuimos cruzando lentamente los 40 o 50 metros que nos separaban de la otra orilla. Nos arrastró mucho más debajo de dónde queríamos llegar. Así que en un momento dado salté a la orilla alta, Rubén me tiró un cabo, yo comencé arrastrar la lancha hacia arriba, al tiempo que Rubén levantaba el motor (evitan-

do por las dudas que encallara), y la apartaba de la pequeña barranca con el bichero. Llegamos después de un buen rato y amarramos cerca de la otra lancha. Sus tripulantes eran tres jóvenes que solícitos se apresuraron a ayudarnos en la tarea de sacar las bujías. Todo el esfuerzo resultó vano, no había quién pudiera con ellas.

Ante la imposibilidad, Rubén les agradeció la ayuda y decidió que regresáramos con el fuera de borda pequeño.

-Vamos a demorar como 2 horas, debemos salir ya, si no la noche se nos cae encima y será más dificultoso.

Al segundo intento el Suzuki pequeño arrancó, levantamos el motor grande para que ofreciera menos resistencia y Rubén se sentó en la popa junto a la vara de dirección y potencia. Nos apartamos de la barranca y partimos después de agradecer a los muchachos su colaboración.

Kilómetro y medio después en medio del Paranacito, el motor comenzó a hacer un ruido extraño y se paró. Vanos fueron los intentos de hacerlo arrancar, una y otra vez se enroscó el cable de puesta en marcha, se tiró de él y nada. Al arrimarnos al motor vimos que un fino hilo de aceite salía de él y flotaba corriente abajo...

-Sonamos, dijo Rubén, se cagó el motor, vamos a tener que dejarnos arrastrar por la corriente y ver si los chicos nos quieren remolcar hasta el embarcadero.

Se había levantado una suave y fría brisa del sur; mala señal.

Allí llegamos y amarramos nuevamente, esta vez delante de la otra lancha.

-¿Qué pasó? Fue la pregunta de los chicos...

-El motor se paró, creo que es la transmisión vertical, sale aceite, ojalá sea solo eso.

-¡Que mala pata! Los dos motores jodidos...

-Muchachos por favor, les pido que nos remolquen, no nos queda otra, está atardeciendo, puedo llamar que nos

vengan a buscar... hoy es domingo si los localizo antes de tres horas no aparecerán por aquí, hace mucho frío y la noche está cayendo...

-Ningún problema, los remolcamos ¿Tienen cuerda de arrastre?

-Si acá la tengo...

-Bueno esperen a que recojamos todo y nos vamos... vaya preparando la cuerda...

Cargaron su lancha, habían pescado un par de armados y algunas palometas comentaron, ellos también habían tenido un incidente, se les prendió fuego la sartén y se les quemó la comida, comieron algunos sándwiches y poco más. Unos mates calentitos les había aliviado el hambre.

-Ojo que la cuerda de arrastre tiene que ser doble o triple si alcanza y hay que hacerla con forma de U...

-Sí, lo se, dijo Rubén estoy en ello...

La explicación es clara, la lancha que remolca debe atar la cuerda en dos puntos de la popa (a babor y estribor) tratando de evitar que la cuerda en algún momento se sumerja y se enrede en la hélice. El otro extremo va atado a la proa de la lancha remolcada, tanto en una como en otra, un tripulante debe estar pendiente de la cuerda por si se sumerge levantarla rápidamente tratando de evitar el enganche con la hélice. Rubén asumió la tarea en la nuestra y le pidió a Lucas se pusiese el chaleco salvavidas como precaución.

Miré la hora, eran las 5 menos cuarto cuando comenzamos el retorno remolcados, el viento soplaba con un poco más de fuerza, el frío era intenso, pero al fin y al cabo poníamos proa hacia el embarcadero.

Antes hubo un cambio de opiniones sobre la mejor ruta a seguir, si se bajaba hasta el puente luego había que cruzar contra corriente y remontar el río unos 10 o 12 km, en cambio si subíamos al resguardo de las islas llegando hasta las cercanías de San Lorenzo podíamos iniciar el cruce corrien-

te a favor, demoraríamos más tiempo pero era más seguro (entre subir, cruzar y bajar unos 30 km) Así lo haríamos. El Paraná por allí debe andar por los 5 o 6 km. de ancho con una isla grande en medio que aparece cuando baja el caudal del río.

La primera parte del recorrido por el Paranacito fue tranquila; aproveché para hacer unas cuantas fotos. Uno de los chicos del otro bote se entretenía disparando con una escopeta de aire comprimido contra distintos blancos de la orilla. Cayó la noche, así que encendieron las luces de posición reglamentarias. Al comenzar a cruzar de proa, aún hacia San Lorenzo, dejando atrás el amparo de las islas, el oleaje se hizo un poco más intenso por el viento sur. De pronto desde la lancha de adelante uno dio el aviso: ¡Ojo con el barco!... Una enorme mole negra de unos 200 metros de eslora y unos 20 metros de altura, avanzaba por el canal con todas sus luces encendidas. Verlo así, desde abajo, inspiraba respeto y temor.

-Hay que ponerse al pairo y esperar que pase, las olas que levanta nos pueden desequilibrar...nos gritaron desde la otra lancha, a la vez que nos preguntaban si teníamos gasolina a bordo por que ellos estaban muy justos. Rubén les confirmó que sí, que estaba sin mezclar.

-Menos mal dijeron, el motor nuestro la mezcla automáticamente, tenemos aceite pero no gasolina...

El barco pasó rápidamente y al cabo de un instante llegaron las olas de metro y medio que hicieron bambolear las dos lanchas. Al intentar reiniciar el remolque el cabeceo era constante y de la otra lancha nos indicaron bajar el motor grande para estabilizar un poco la lancha nuestra.

-David, vení a proa y sujetá la cuerda, así yo bajo el motor y niveló... me dijo Rubén.

Lo hicimos tomando todas las precauciones para no caernos al río...

He aquí que me senté de costado en la proa sujetando la cuerda; inevitablemente las olas, cuando la otra lancha aceleró un poco me mojaban de la cintura hacia abajo... tenía el culo mojado y frío.

Y, oh sorpresa, no alcanzamos a entrar al canal (menos mal) cuando nuevamente se oyó la voz de alarma:

-¡Ojo con el barco que baja!... otra enorme mole río abajo a menos de 100 metros nuestro. Aquéllo era demasiado: frío, viento, olas grandes, oscuridad, incertidumbre y un poco de miedo por la situación.

A lo lejos se veían las luces de San Lorenzo, como única referencia de tierra cercana; la oscuridad era total, oíamos claramente el ronronear de las máquinas del carguero mientras pasaba al lado nuestro y más olas, mayor bamboleo, mas agua fría sobre mi cintura, esperando al paio que terminara de pasar y por fin cruzar el canal corriente abajo.

Con alegría comenzamos a ver las primeras luces de Capitán Bermúdez. Reconocimos las de la fábrica de celulosa y nos acercamos a la bocana del embarcadero. Atracamos fuera del muelle, debajo de los surtidores de gasolina y entonces bajamos y nos abrazamos. Estábamos ateridos de frío y mojados.

Recién allí nos dimos nuestros nombres: Alfredo, Franco y Mariano eran los de los muchachos que nos ayudaron en un momento difícil, cumpliendo con el código del río, no escrito pero código al fin, de auxilio, ayuda y colaboración entre todos aquellos que estamos acostumbrados a convivir y respetar al gran río.

Rubén les hizo cargar el depósito ya casi vacío de la lancha y un par de bidones que tenían a bordo. Les quiso gratificar económicamente y se negaron a recibir dinero.

-Ya está bien con la gasolina, dijo uno.

Subieron a bordo, desamarraron, hicieron sonar el claxon y se perdieron río abajo, hacia su embarcadero.

Cuando la lancha estaba ya fuera del agua, busqué la botella de vino y tomé un largo trago. Se la pasé a Rubén y éste se la pasó a Lucas, quien le dio un buen trago. El frío había que combatirlo de alguna manera.

Aún teníamos que descargar todo, cubrir la lancha, ir hasta la casa de Rubén y de allí en taxi hasta casa.

Miré la hora, eran las 9,30 de la noche de aquel inolvidable 5 de agosto del 2007 en pleno invierno austral.

## Hermoso nombre Caridad.

-Hola, soy David... ¿está Caridad...?

-No, Caridad no está. ¿Qué necesita, David?

-Un turno de una hora para el miércoles...

-Un momento David, ¿por la mañana o por la tarde?

-Sobre las 12 o la una, al medio día...

-Un momento David, a ver... le puedo dar de 1,30 a 2,30...

-Está bien. ¿Siguen en la misma dirección?

-No, cambiamos, estamos ahora por Pueblo Nuevo...

tome nota David..., ah, por favor sea puntual y le recomiendo toque tres veces el timbre, es un portal nuevo y no queremos problemas...

-Entendido, hasta el miércoles.

-Adiós.

1982 tuvo algo de orwelliano, donde la ciencia ficción y la realidad jugaban roles alternados en el destino del exilio de algunos y la inmigración de otros. Estaban juntos y separados a la vez. Como en toda inmigración había llegado todo tipo de “gente”, algunos con lo puesto (que no era poco: habían salvado sus vidas); otros, hartos del régimen militar y de los riesgos que ello significaba (y no por actuar en política precisamente). Algunos habían salido de Argentina por razones de trabajo, como el pintor Pedro Gaeta (Presidente de la Asociación de Artistas Plásticos Argentinos) que exponía obra en Moscú y le avisaron que no era “recomendable su regreso, porque la Policía Federal y el SIDE (Servicio de Inteligencia del Ejército) fueron a su casa a buscarlo” y el hombre no volvió.

Resultaba difícil trabajar por la “falta de papeles”, sin visado, con pasaportes caducados, muchos con la perma-

nencia vencida (el recurso de salir del país yendo al vecino Portugal y conseguir el ansiado sello fronterizo de “entrada y salida” se esfumó cuando en la frontera lusa dejaron curiosamente de “sellar los pasaportes”). Así era el Madrid de los años ochenta, poblado por “la clandestinidad” y la rumurología, más que por las certezas.

Se entrecruzaban las historias, los reencuentros con la familia entre los de “acá” y los que venían de “allá” a conocer a la nieta o al nieto “gallego”, con viejos amigos y compatriotas (nunca me gustó esa palabra) con sus múltiples historias y peripecias.

El teléfono resultaba vital, ya que era prácticamente el único vínculo directo con la familia que había quedado allá. La correspondencia resultaba extremadamente lenta y por más que uno no tuviera nada que ver con la dictadura, se sabía que era revisada (abierta) tanto la de salida desde allá como la que se enviaba desde acá. Inclusive había un alto porcentaje de cartas “desaparecidas” (los otros días viendo la película *La vida de los otros* me enteré de cómo abrían los sobres en la antigua RDA, y no pude menos que sentir un escalofrío...).

Hablar por teléfono a cualquier país extranjero, normalmente, resultaba impensable por impagable. Uno comenzó a enterarse de las llamadas “técnicas telefónicas”. “El vinagre”: consistía en echar medio litro de vinagre al teléfono de las antiguas cabinas de Telefónica y una hora después, más o menos, se conseguía hablar “sin monedas”. Otra era taladrar un pequeño agujero en una moneda de 5 duros (25 pesetas), atar a ella un fino hilo, introducirlo en la ranura del teléfono y sostenerla (con la mano izquierda) impidiendo que cayera cuando el automático marcaba el paso de una nueva moneda, mientras uno seguía con la conversación (nunca ese sistema me dio buen resultado).

Cuando uno veía una cabina con una “extraña cola” en un lugar determinado, se paraba y preguntaba ¿está pinchado? Si la respuesta era afirmativa allí mismo se sumaba a la cola, o volvía más tarde, dependiendo de la diferencia horaria.

Muchas veces amigos le pasaban el “dato”: en tal calle hay una cabina pinchada, y allí íbamos en malón. Hemos hablado en horas inverosímiles. La cuestión era hablar aprovechando el menor fallo (normal o provocado).

Algunas veces también hice trampas. Durante los montajes en feria, telefónica dejaba en los stands las líneas instaladas con bastante antelación. Aquello era “el chocolate del loro”: por la noche, cogía un teléfono del stand, y “salía de gira” en la búsqueda de clavijas terminales. Más de una encontré y así solucioné algunos problemas de comunicación que de otra manera no los hubiera podido solucionar por falta de dinero.

Un excelente cliente y amigo, don Luis Escribano, tenía la gentileza de hacerme hablar desde su despacho en la avenida de Valladolid. Hombre de pequeña estatura, pero de gran talla moral y humana me decía: hable David Carlos, hable todo lo que necesite”, ya las pasé yo canutas durante la guerra (se refería a la guerra civil española) como para fijarme en el coste de una llamada. Entonces no había teléfonos, ni comida, ni nada, solo un hambre inmensa, que gracias a ustedes, los argentinos, comimos en la posguerra... y eso David Carlos no se olvida.

### **Gracias por los servicios prestados**

Hasta que un día alguien me habló de Caridad, y allí comenzó otra historia, porque Caridad era parte de una familia cubana que tenía instalado un “negocio de locutorios” que se adelantó en el tiempo a los actuales, con una diferencia: eran totalmente ilegales. Todos los que los usá-

bamos lo sabíamos, incluyendo el riesgo que corríamos. Pero en el fondo, gracias a Caridad y su familia, ¡cuántos pudimos hablar con nuestras familias y amigos durante tanto tiempo!

El sistema era el siguiente: Caridad y su familia alquilaban una vivienda legalmente, pagando fianza (dos meses adelantados) y me imagino hasta que pagarían más, tal vez 6 meses anticipados. Contrato en mano solicitaban a Telefónica, según las “posibilidades y circunstancias” uno, dos, tres y hasta cuatro teléfonos. Telefónica los instalaba en las distintas habitaciones y ahí mismo se iniciaba la operación “Locutorio Clandestino”. Por entonces, Telefónica facturaba cada dos meses, o sea que a los dos meses y una semana a lo sumo dos “levantaban el locutorio”, dejando de pagar a Telefónica cuantiosas facturas. Y a repetir el invento. Los “turnos” eran de una o media hora o más, a razón de 1.000 pesetas la hora (un verdadero regalo comparando con las tarifas de Telefónica). Así, durante muchos años, visitamos “domicilios” por distintos barrios de Madrid, muchas veces, con cierto temor transmitido inclusive por los “encargados/as” de “estar en el Locutorio”. Por entonces, este tipo de delincuencia era novedosa, lo que permitió unos cuantos años de “bonanza al clan de Caridad”. El problema radicaba en que por motivos obvios el número de “citas” lo cambiaban también a menudo, con lo cual había que rastrear entre los “usuarios” hasta dar con él. Algunas veces, las menos, uno recibía el anuncio del cambio por algún miembro de “la familia”.

Después, los controles informáticos de las llamadas y las intervenciones policiales desbarataron el “negocio”. Nunca supe si “cayeron en alguna redada” o no, pero debo agradecer a “estos adelantados timadores” todas las posibilidades de comunicación ofrecidas a “buen precio” a tantas y tantos inmigrantes de todo el mundo, que no teníamos, a

veces, ni las 22 pesetas que costaba por entonces un sándwich en “Peñazco Rodilla”, de Fuencarral.

Hermoso nombre Caridad, nunca mejor aplicado, y dadas las circunstancias, gracias por los servicios prestados.

## *Approach*\*

La calle Palermo estaba aún sin pavimentar. Ligeramente abovedada, caía hacia las dos zanjas laterales que desembocaban en desagües rectangulares de hierro fundido, en la esquina con avenida San Martín.

Entrando a ella desde avenida San Martín, a la izquierda, había una hilera de casas bajas. Al frente, una estrecha acera pavimentada irregularmente, terminada en algunos casos con algo de gramilla verde salpicada por trozos de tierra natural que morían abruptamente en el plano inclinado de la zanja, la que relativamente limpia de malezas, recibía el agua de los desagües secundarios y cuando llovía, la de lluvia. Algunos paraísos plantados alternados con plátanos, daban buena sombra a esa acera de la calle.

La acera de enfrente en cambio, no tenía nada. Era la prolongación del gran espacio arbolado y cubierto de césped que se extendía desde la casona blanca de dos plantas ubicada en el centro de la manzana, solo interrumpido por un alambrado perimetral de unos dos metros y medio de alto, cubierto irregularmente en algunos tramos con una enredadera de campanillas lilas.

Tampoco tenía árboles la acera y la zanja estaba descuidada con algunos cardos bajos y zarza enredada.

Ese día Juan iba caminando por la izquierda buscando el número 1079, cuando oyó un chistido fuerte. Se volvió hacia la acera de enfrente porque desde allí venía el chistido. Un señor vestido de sport con un palo de golf en su enguantada mano izquierda le hacía señas para que se acercase. Sorteó la zanja con agua, no pudo esquivar el colchón de tierra en polvo de la calle ensuciándose los

---

\* En golf: acercamiento al green.

zapatos recién lustrados, saltó la zanja seca y se aproximó al alambrado.

Allí estaba el hombre del chistido (de unos cuarenta y cinco años) que lo saludó con un poco de ansiedad: Buenos días, menos mal que me oyó, ¿sabe? Estaba practicando un poco de *approach* con la única bola que tengo, pegué mal y la bola voló por encima del alambrado y creo cayó en la calle, no puedo decirle exactamente dónde porque esa rama del pino (la señaló) no me dejó ver la caída. ¿Puede hacerme el favor de buscarla?, es la única pelota que tengo, repitió, y me entretengo mucho practicando golpes de *approach*.

Juan lo miró sorprendido, y le dijo:

-Como no, se la buscaré... si está de este lado será complicado porque como usted ve esto es un pajonal bajo, pero pajonal al fin.

Inició la búsqueda, después de comprobar que la pelota no estaba sobre el verde de la acera. Comenzó a recorrer lentamente la zanja (que estaba seca) separando con el pie los yuyos altos. Encontrarla será un milagro, se dijo. Recorrió concienzudamente unos veinte o veinticinco metros de arriba abajo sin resultado. La pelota no aparecía. Un coche pasó raudo levantando una polvareda fina que demoró en desaparecer.

-¿No habrá saltado a la otra zanja?, le preguntó Juan al hombre que seguía atentamente la búsqueda, acompañándolo tras el alambrado en sus idas y vueltas.

-Lo ignoro, fue la corta respuesta.

Desde la casona, una señorita vestida de blanco llamó al golfista desde lejos, mientras se iba acercando. Éste le dijo a Juan: Le agradezco su buena voluntad, pero debo marcharme ahora... ya procuraré conseguir otra pelota... gracias, ha sido usted muy amable.

Juan respondió al agradecido saludo, al tiempo que veía al hombre acompañado por la joven deteniéndose a medio

camino y haciéndole a ella el movimiento del golpe de *approach* e indicándole la parábola de la bola y su caída detrás del alambrado. Ella asentía atentamente.

Juan volvió a cruzar la calle y se encontró con un señor mayor que lo miraba fijamente, al tiempo que le decía: ¿Encontró la pelota?

-No, la estuve buscando un buen rato y no pude encontrarla. Pobre hombre, me dijo que era la única que tenía...

Una tenue sonrisa apareció en la cara del anciano mientras le decía a Juan: No la va encontrar ni usted ni nadie... ese señor está internado en el Fracassi, que es esa casona blanca... es un enfermo siquiátrico; antes lo llamábamos “loco”, ahora es un siquiátrico. Él se entretiene jugando un golf imaginario sin pelota hasta que le sale un tiro mal y se le va “la pelota detrás del alambrado”... entonces se arrima al alambrado esperando el paso de alguien que no lo conozca y le pide que le busque la pelota. A mí y a otros vecinos ya nos conoce y no nos llama.

Lo hace todos los días desde hace más de tres años y extrañamente siempre encuentra un “candidato” y le cuenta la misma historia de la pelota perdida...

Algete verano del 2014

## La casa añadida

Algarrobo es un pueblito ubicado a unos 130 km. de Santiago de Chile. Cruzándolo, ya casi sobre el final, a la derecha, está Isla Negra, que no es una isla sino un barrio periférico, donde sobre un promontorio frente al océano Pacífico tenía una de sus tres casas Pablo Neruda, el Poeta, el Premio Nóbel, el político, el coleccionista, el bon vivant, que hizo de su última morada algo así como una casa añadida, muy lejos de cualquier tipo de definición arquitectónica. Su desarrollo anárquico e imprevisible, la asemeja más a un barco que a una vivienda convencional.

Todo en ella, continente y contenido, es una pincelada de la original forma de ser y vivir de su dueño. Isla Negra es un refugio, el último refugio de alguien acostumbrado a sentir y escribir sobre los espacios con una visión totalmente atípica, como si vivir allí frente al mar le permitiera, como a los viejos marineros, sentirse refugiado a bordo. Retirado ya de sus andanzas y viajes por medio o todo el mundo, en una época en la que los barcos y el mar eran los únicos elementos utilizados como transporte intercontinental.

Los últimos centímetros del metro de su vida los vivió anclado en tierra frente al mar, ese mar del cual, sin dudas, era un enamorado. Y de los barcos, otra de sus pasiones. Y al decir barcos decimos veleros, de tres o cuatro mástiles, en los que las largas estancias a bordo le marcaron de tal manera que la casa añadida de Isla Negra reúne, en sus diferentes espacios, verdaderas reminiscencias marineras.

La única parte convencional de la casa es la galería de ingreso, asentada decorativamente sobre dos enormes ruedas de carro. Las vigas de madera vista sostienen en lo alto al que fuera dormitorio de su segunda mujer, Delia del Ca-

rril. El dormitorio que se mantiene cerrado a cal y canto, desde que aquella relación se apagó.

Así era Pablo. Cerraba etapas de su vida y no volvía sobre ellas, aunque allí están esos espacios clausurados que siguen como testimonio de lo que fue un gran amor.

Un pequeño hall nos introduce a la rectangular sala de los mascarones de proa.

*“Cielo desde un navío. Campo desde los cerros.  
Tu recuerdo es la luz, de humo, de estanque en  
calma!*

Rescatados de antiguos navíos, los mascarones son un extraño conjunto de esculturas de diferentes tamaños, ubicados en lo alto de las paredes con sus caras mirando al mar... cada mascarón guarda su historia, que pervive en el relato diario de los guías.

Tres sofás blancos, una mesa circular construida con una antigua rueda de timonel cubierta por una gruesa tapa de vidrio, una chimenea y su hogar sin cenizas. Un armario vertical embutido con puertas de vidrio encierra vasos, copas y botellas de colores en el mayor y más alto espacio de la casa añadida. A la izquierda del hogar, ante el ventanal que da al mar, una gran maqueta de un velero de cuatro mástiles encerrado en su urna de cristal. Es sugerente la ubicación, ya que al mirarlo, el intenso azul del océano, junto a un cielo limpio, forman un telón de fondo que se funde en el horizonte y cobra vida por el movimiento tranquilo de las olas y un par de gaviotas que pasan raudas, planeando.

*“Ya me veo olvidado como esas viejas anclas.  
Son mas tristes los muelles cuando atraca la tarde”*

De allí, a través de un pequeño paso se llega al comedor, presidido por una gran mesa circular rodeada de sillas de madera con alto respaldo.

Sobre la mesa, la vajilla completa dispuesta como esperando a los amigos; los apoya platos rectangulares son individuales y cada uno en su cubierta de hule lleva impreso, en tonos azules sobre fondo blanco, un motivo y cargo jerárquico marineró. La de Pablo era y es la de capitán. Las otras, la del primero, segundo y tercer oficial, hasta el contramaestre y el grumete, reservadas, tal vez, a los últimos en sumarse al “camarote de oficiales”.

Cuentan que Neruda tenía en la cocina su mayor secreto y que todos tenían prohibida la entrada a ella. Solo él lo hacía. Era ley.

Una particularidad de la mesa la dan las altas copas de diversos colores, en las que le agradaba tomar el vino. Decía que en ellas, el color del vino entremezclado con el de las copas, le daban a la bebida “un colorido sabor”.

Dos grandes ventanales enfrentados, uno que da al jardín de entrada y el otro directamente al mar, inundan de luz natural el rectángulo estrecho y alargado del comedor. El piso es de madera y el techo abovedado, recubierto por finas alfajías de madera, simula la bovedilla de un barco. Un par de mascarones mirando al mar completan el decorado.

*“He visto desde mi ventana  
la fiesta del poniente en los cerros lejanos”*

Volviendo sobre nuestros pasos atravesamos nuevamente el pequeño hall y entramos al bar. Es un espacio más reducido, y en él se repite el esquema de los dos ventanales, varias mesas de madera maciza rodeada de sillas rústicas, la barra alta con taburetes y llena de distintos tipos de reclamos publicitarios antiguos, forman con la pared del fondo,

recubierta también por posters metálicos, un conjunto algo desordenado y sobrecargado. En los estantes, botellas y antiguos botellones de barro de bebidas blancas de distinta procedencia, junto a copas, vasos y jarras de cerámica.

En la pared lateral del fondo, a la izquierda, hay una pequeña puerta que da a una estrecha escalera con pequeños peldaños, en la que prácticamente uno debe agacharse para no dar con la cabeza en el techo. La escalera desemboca en un luminoso y pequeño dormitorio, en el que dos de sus paredes, que forman un ángulo íntegramente vidriado, son las que dan al océano. La cama está dispuesta en diagonal y queda enfrentando al mar, a través de las dos grandes ventanas en ángulo. El cabecero es un triángulo que acaba formando una mesilla de noche normal, del lado que ocupaba Pablo. La otra, en cambio, es mucho mas pequeña. Detrás del bajo cabecero, el espacio restante acoge libros, alguna botella, un par de vasos y recuerdos. Sobre la mesilla de noche del Capitán un catalejo en su funda de cuero.

*“La furia triste, el grito, la soledad del mar.  
Desbocado, violento, estirado hacia el cielo.*

Del dormitorio se pasa a un vestidor en forma de U, en cuyos laterales están colgados sus trajes, incluyendo el frac que utilizó el día que recibió el premio Nóbel. En la parte superior, a ambos lados, en estanterías, están los sombreros, gorras, boinas, etc. de diferente tipo que usó a lo largo de su vida.

De allí se pasa a un estrecho pasillo, uno de cuyos laterales es cerrado, repleto de caracolas y recuerdos marinos. El otro, el que da al Pacífico, es un gran escaparate angosto, formado por estantes de vidrio que soportan una colección de barcos antiguos construidos dentro de botellas. Cada uno lleva un pie con sus referencias marineras: nombre, ban-

dera, tonelaje, fecha de construcción y en algunos casos la última referencia de navegación. Aquí también se respira el aire mariner, por el techo abovedado en madera. El piso, más convencional, de cemento alisado con incrustaciones de rajadas de troncos gruesos de madera, ahora protegido por un camino de moqueta.

*Como pañuelos blancos de adiós viajan las nubes,  
El viento las sacude con sus viajeras manos.*

El siguiente añadido tiene forma de torre circular. La parte baja está definida por una gran chimenea de piedra rústica que abraza prácticamente a dos sillones individuales con apoyabrazos. A la derecha de la chimenea, un gran tótem filipino tallado en madera pone un toque de hechicería. Es un dios malvado, que a quien mira le trae desgracias. Las cuencas de sus ojos están huecas, ya que Pablo se los quitó evitando ser mirado y que a su vez tampoco pudieran mirar a sus amigos.

En esos sillones, frente a la lumbre, estuvieron reunidos poco antes del golpe de estado dos hombres de ideales comunes en las cuestiones sociales y la solidaridad, convencidos de interpretar la democracia, el humanismo y la lucha de la clase obrera, a través de una revolución social pacífica surgida de las urnas.

Uno murió el 11 de setiembre de 1973. Era Salvador Allende, un médico, presidente electo de Chile, derrocado por un golpe militar con el respaldo de EEUU (ver documentos desclasificados de la CIA). Y el otro, Pablo Neruda, falleció 12 días después de su amigo, el 23 de setiembre.

Luego de un entierro de “compromiso” organizado por la dictadura, Pablo descansa ahora -según su último deseo- junto a Marta, en una sencilla tumba en la parte baja del promontorio de Isla Negra. Unos escasos pensamientos de

color violeta ponen un toque de color a la sencilla tumba que mira al mar.

*Tempestad que enterró las campanas, turbio revuelo  
de tormentas  
para qué tocarla ahora, para que entristecerla.*

Detrás de la chimenea circular, a mano derecha, un cuarto rectangular. El visitante se sorprende al toparse con un caballo a tamaño natural, de cartón piedra, de color indefinido y con todos sus aperos. El poeta conocía al caballo desde su niñez, ya estaba en su pueblo natal, en una tienda de ultramarinos como reclamo publicitario. Ya de mayor se enteró del incendio de la tienda y acudió al remate de los restos salvados del fuego, y allí estaba aquel caballo chamuscado que tanto le había fascinado de niño y no dudó en comprarlo.

Organizó una fiesta de bienvenida al restaurado caballo, con una única condición: cada invitado debía traer las vestiduras del caballo, con el añadido de la cola que se había quemado.

Como los invitados no se pusieron de acuerdo, resultó que el caballo tiene ahora dos colas en su sitio y otra disimulada entre sus crines. Pablo se jactaba siempre de tener en la comarca el único caballo con tres colas.

Al fondo y a la derecha del cuarto (se imaginan bien) un baño, “un baño erótico para los amigos”, recubierto de azulejos blancos y muy estrecho. El inodoro adornado con pegatinas de florcitas y el erotismo en la cara interna de la puerta, “tapizada con postales, francesas y de otras latitudes, en blanco y negro, con mujeres en poses provocativas (que hoy resultan inocentes) forman un fresco erótico de época”.

La casa añadida guarda en distintos lugares colecciones de botellas y copas de variados colores, caracolas, libros, telescopios, catalejos, bocinas, palancas de mando marineras,

anclas, un mascarón de Sir Francis Drake, manuscritos del poeta, todos ellos escritos en tinta o lápiz verde, sextantes y un largo etcétera de objetos variados. Él lo coleccionaba todo, hasta insectos.

La casa añadida tiene en el frente un espacioso jardín con altos pinos, es luminosa, con amplios ventanales donde el mar es el protagonista y la brisa húmeda se cuele entre los riscos, trayendo hacia toda ella el eterno golpear de las olas.

*Ah vastedad de pinos, rumor de olas quebrándose,  
lento juego de luces, campana solitaria,*

Un velero blanco, de unos cinco metros de eslora, está ubicado en un lateral al final de la casa; el velero nunca navegó, siempre estuvo “anclado en tierra firme”. En cambio sus “tripulantes” en más de una ocasión se bambolearon y tropezaron a bordo, luego de largas pláticas acompañadas por generosos vinos de la tierra cercana.

*Recuerdas cuando  
en invierno llegamos a la isla?  
El mar hacia nosotros levantaba  
una copa de frío.*

Agosto del 2007

Los versos de Pablo Neruda, citados en este relato, pertenecen a los poemarios: *Los versos del capitán* y *Veinte poemas y una canción desesperada*. (Nota del autor).

## Salga y vuelva a pasar...

El hombre gordo comenzó a depositar en la bandeja todos los objetos metálicos que llevaba encima ante la mirada distraída de la empleada de seguridad privada que repetía mecánicamente de vez en cuando: *"...depositen todos los objetos metálicos, teléfonos móviles, cinturón, relojes, monederos, chaquetas y abrigos también, el ordenador, si lo llevan, deposítenlo solo en una bandeja"*.

El gordo se quitó la chaqueta la dobló y la colocó en la bandeja sobre el abrigo que estaba debajo, se revisó los bolsillos del pantalón, se quitó el reloj pulsera y vanamente intentó quitarse un par de anillos de su pequeña y regordeta mano izquierda. Era inútil por más que tirase no salían. Ante su gesto de impotencia y preocupación la empleada de seguridad le dijo:

-“No importa, le falta quitarse el cinturón”.

-Si me lo quito se me caen los pantalones, pensó el gordo al tiempo que se lo quitaba y efectivamente se le comenzaron a caer los pantalones e intentaba mantenerlos con una mano mientras que con la otra agarraba la cargada bandeja y la ponía en la cinta del escáner.

Al traspasar el arco de seguridad sonaron todas las alarmas.

-¿Lleva algo metálico encima?

-No. Que yo sepa lo quité todo...

-A ver levante los brazos...

-No puedo, si los levanto se me cae el pantalón...

-Uno a la vez hombre, a ver dése la vuelta, regrese y pase de nuevo por el arco

Detrás del hombre gordo había ya una fila de impacientes bandeja en mano esperando.

El gordo salió y volvió a pasar ZAZ saltaron nuevamente las alarmas.

-¿Oiga lleva algo en los zapatos?

-Sí, las plantillas.

-Pase, quítese los zapatos (le alcanzó unos calcetines de polietileno desechables) vuelva a salir y ponga los zapatos ahora en el escáner.

El gordo obedeció sumiso, se sentó y trabajosamente desató los cordones, se quitó los zapatos, se puso como mejor pudo los calcetines sobre los que llevaba puestos se levantó y se le cayeron los pantalones que instintivamente se los subió con la mano libre, se encaminó hacia el arco, salió depositó los zapatos en la cinta del escáner y volvió a pasar el arco de seguridad que se mantuvo mudo.

-Eran los zapatos, dijo el guardia.

El hombre gordo transpiraba confundido, casi se sentía humillado por el espectáculo que allí se había montado. Se sentó, se calzó, se ajustó el cinturón y se dirigió a la Puerta de Embarque K 68 de la nueva T4 de Barajas.

Ya en vuelo le sirvieron el almuerzo, se asombró e indignó. Abanicó la cabeza de izquierda a derecha y de derecha a izquierda como diciendo esto es increíble, no hay quién lo entienda al tiempo que abría el sache de papel transparente que contenía envueltos cuidadosamente en una servilleta un juego de cubiertos metálico!

Lo comentó con la pasajera de al lado y ella le respondió

-Dicen que los cubiertos de plástico eran más peligrosos que los metálicos.

-Sí, también lo son los bolígrafos, las patillas metálicas de las gafas, los lapiceros...

-Por favor, ni lo mencione, también yo lo he pensado muchas veces... mejor es aguantar y no darles más ideas. ¿Me comprende?

-Sí, como no la voy a comprender, lo grave será cuando comiencen a meterse en nuestras mentes tratando de averiguar qué pensamos, de qué ideología somos, si tenemos una mente criminal.

-Ya lo están haciendo...

-¡Qué me dice...!

-Sí, en los aeropuertos israelíes y en algunos de Estados Unidos, ya tienen agentes especializados en analizar las actitudes de la gente en la fila de embarque. Ellos semblantean al viajero, sus tic's, nerviosismo, sudoración excesiva, en fin todo eso. Si encuentran algo sospechoso, a veces discretamente y otras no tanto, le apartan de la fila y le hacen pasar a un cuarto, allí le interrogan "otros especialistas", según sus "conclusiones" lo devuelven a la fila o lo pasan a otro cuarto dónde le escanean el cerebro. Dependiendo de una tabulación y si en los resultados detectan alguna actividad nerviosa inusual pasa a un interrogatorio "disfrazado como Test" le hacen cuatro preguntas "tontas". Las respuestas determinaran si sigue viaje normalmente o si no lo envían a otro cuarto por unas horas hasta que el individuo se estabilice y... vuelta a empezar con toda la historia...

-¿Y eso es lo que va a pasar en todos los aeropuertos?

-Desgraciadamente sí

-¿Por qué no lo han puesto en marcha aún?

-Porque no tienen suficiente "personal especializado". La técnica es israelí, ellos estarán ahora "entrenado en algún colegio" a los americanos.

-Parece una novela de espionaje.

-Es real, está pasando ahora...

-Pensar que todo el follón comenzó por la cuestión de las "armas de destrucción masiva" que tenía Irak.

-Yo creo que comenzó mucho antes, el 11 de setiembre, existen varias teorías sobre ese atentado.

-Algo sobre eso leí, son fabulaciones...

-La vida es una fábula ¿no le parece?

-Las fábulas son de Esopo, la vida actual es una gran ficción, dónde se mezclan mentiras y verdades, y nos las cuentan adulteradamente (según les convenga) en el último noticiero de televisión de la noche. Hasta mañana y... buena suerte.

## Konrad

Imagínense ustedes cenando en las afueras de Atenas, en el “Byzantine Meteora”, un antiguo monasterio rehabilitado y reconvertido en restaurante tras un terremoto. Milagroso resultó llegar al monasterio por las estrechísimas carreteras comarcales en medio de la campiña con empinadas cuestas y curvas tan cerradas, que obligaban al bus a hacer varias maniobras antes de poder retomar la ruta, ya casi en medio del anochecer.

Estábamos el sábado 29 de abril, junto a un grupo de periodistas compartiendo mesa y mantel convocados por Messe Berlín a la Conferencia de Prensa Internacional que sirvió de presentación a la feria IFA 2006, Consumer Electronics Unlimited.

La cena transcurría dentro de los cánones normales, bien acompañada por dos buenos vinos: el blanco llamado Sattyrikon Nikiphoros Oenotechniki y el tinto Cabernet Sauvignon Papaioannou.

Entre plato y plato, en el escenario central rectangular, se sucedían distintas actuaciones, acompañadas, en algún caso, por un quinteto que amenizaba la noche con suave música griega e internacional.

De pronto, la presentadora, una esbelta rubia alemana vestida con un escotado y ajustado vestido largo de color rojo, anunció la presencia de un número de equilibristas.

Eran dos, uno joven y otro caracterizado como un anciano. El joven se presentó tocando la trompeta a la vez que caminaba haciendo equilibrio sobre un cable de acero instalado a dos metros del suelo del escenario. Hizo las presentaciones de rigor e invitó a su partner a subir también sobre el cable. El anciano empleó mil argucias en divertido

diálogo de réplicas y contrarréplicas plagadas de hilarantes equívocos.

Hasta que llegó el momento de la gimnasia: utilizando el cable como soporte, el joven dio dos o tres vueltas completas quedando suspendido horizontalmente, boca abajo de cara al público (que lo aplaudió) mientras invitaba al anciano a sumarse a los ejercicios. Este lo miró como dudando, se cogió del alambre y, ante el asombro del público, dio dos o tres volteretas completas, quedando boca arriba, horizontal también, pero con sus piernas extendidas por delante, abatiéndolas como si de un aplauso se tratara. El aplauso fue mayor, por su actitud.

A continuación, como si de un desafío se tratara, ambos desplegaron toda suerte de piruetas colgados del alambre. El anciano bajó del escenario, se sentó en una silla, le alcanzaron un botellín de agua, bebió un poco y allí se quedó descansando, mientras el joven se dirigía ahora seriamente al público diciendo: señoras y señores, gracias por sus aplausos. Ustedes esta noche han tenido el privilegio de presenciar la actuación de dos artistas que han recorrido el mundo con “The wire act”, que así denominamos el número que ustedes han visto. Hemos trabajado en Las Vegas junto a Frank Sinatra y en los grandes shows de la televisión internacional. No es mi intención aburrirles con la historia, simplemente quería presentarnos. Mi nombre es John Thurano, tengo 67 años y mi compañero es Konrad Thurano, mi padre que tiene ¡97 años!

Un murmullo de asombro se transformó en ovación cuando Konrad Thurano subió al escenario acompañado por la presentadora. Además de saludar, se quitó el sombrero, la chaqueta y juntos nos ofrecieron una “propina” largamente aplaudida.

Al pasar junto a nuestra mesa, con andar cansino y apoyado sobre el brazo de su representante, corroboramos, con

incredulidad, ¡que es un hombre de 97 años!, no un actor maquillado. Con sonoros “bravo” le obsequiaron varios de los presentes, a los que saludó agradecido.

Su actuación fue todo un canto a la vida en una noche mágica, que concluyó con la danza de *Zorba el griego*, acompañada por las palmas de todos los asistentes.

Mayo 2006

## Mi vida en “La Piedad”

*La muerte es un carrusel y una gran ruleta, cuando toca, todo se acaba.*

La historia es de los años 60. Rosario era la segunda ciudad de la República Argentina y rondaba los 700 mil habitantes. Tenía dos cementerios: La Piedad, ubicado al oeste de la ciudad, en la avenida Provincias Unidas haciendo esquina con Boulevard 27 de Febrero. Tras su ampliación es el más grande –24 hectáreas– y antiguo de la ciudad, ya que fue creado en 1886 como enterratorio municipal y desde 1907 se le denomina La Piedad. El Salvador, ubicado en la cercanía del parque Independencia era y es de otro nivel social y económico. La Piedad sigue siendo un cementerio de clase media baja.

Cuando desde la Municipalidad de Rosario me informaron: “Ha ganado el concurso de Sobrestante de Obras en el Cementerio La Piedad” me alegré, e instintivamente pensé: vaya forma de comenzar a ejercer la profesión, en un cementerio.

Por entonces, ya era Maestro Mayor de Obras –algo más que un Aparejador en España, ya que el título habilita a construir un edificio de seis plantas– y estudiaba arquitectura. El trabajo me venía bien, porque era compatible con la facultad y de paso hacía prácticas de albañilería y hormigón en obra, temas tratados muy superficialmente en los talleres de la Escuela Industrial N° 4 de Rosario, en la calle San Juan y que tenía su sede en la calle Corrientes casi esquina con Santa Fe.

Tras presentarme en la oficina del Jefe de Obras Públicas, éste, muy cordialmente, me comunicó:

-El lunes que viene comienza a trabajar. El contrato es por obra, o sea que será por un año y medio, según el contrato con la empresa constructora de los nichos bandeja del Solar 48, donde usted va a trabajar. Otra cosa, su Jefe es el agrimensor Cándido Laluche. ¿Lo conoce?

-Sí, lo conozco, respondí omitiendo comentar que era amigo de mi padre.

-Bueno, el lunes cuando llegue le presenta esta notificación. El contrato debe pasar por intervención, la Dirección de Obras Públicas, Tesorería y de ahí a la firma del Intendente. Dentro de dos meses, más o menos, calculo poder darle una copia a usted. ¿De acuerdo? Le comento algo más, sus horarios tienen cierta flexibilidad, por sus estudios, se entiende. Téngalo en cuenta y trate de no abusar de ello dentro de lo posible. El horario de obra en invierno es de 8 a 12 y de 2 a 6 de la tarde. Usted tiene asignada una casilla donde encontrará toda la documentación de obra. El capataz de la empresa contratista es un “Tano” (italiano) llamado Lippi. A él debe usted dirigirse señalándole –si es necesario– lo que usted como Sobrestante entienda se deba modificar, corregir, en fin...esas cosas que se dan en obra. Lippi es un buen tipo, no tendrá problemas con él. La empresa contratista es del Ingeniero Alfredo Rojas. ¿La conoce?

-Sí, la conozco. Omití decirle que el Ingeniero Alfredo Rojas había sido socio de mi padre y que trabajé durante unos cuantos años con ellos; les llevaba por las mañanas toda la tramitación municipal de expedientes de obra y más de un fin de semana, en el estudio de Bulevard Oroño, dibujé planos de los planes de vivienda Eva Perón.

Aquel lunes salí tempranito de casa. Con la Lambretta de 125cc fui por 27 de Febrero, crucé el Parque Independencia y subí por Avenida Godoy hasta Provincias Unidas. Por entonces el Bulevar 27 de febrero no estaba pavimentado y

había que dar la vuelta por Av. Godoy. Al llegar a la puerta principal, paré el motor y aparqué la moto fuera del recinto, al lado del edificio de administración. Entré y pregunté por el administrador, que no había llegado. Solicité que me indicaran dónde estaba ubicado el solar 48.

-El solar 48 está por la calle que usted entró, al fondo sobre la derecha, casi lindando con el paredón de 27 de Febrero. ¿Busca a alguien?

-Sí, soy el nuevo Sobrestante de Obras del Solar 48 y quiero saber donde está. Gracias.

Salí a la calle. La distancia a recorrer era bastante larga, unos 700 metros, hasta doblar a la derecha. Fui arrastrando la moto lentamente por la calle bordeada de árboles y tumbas. A medida que avanzaba la construcción iba cambiando y se hacía más baja, hasta que al final los nichos eran rectángulos de mampostería terminados en una cruz todas iguales, algunos cubiertos por piedras blancas pequeñas, otros por escaso césped con floreros incorporados y todos con los muretes de mampostería pintados de blanco. Por la hora había poca gente. Unos barrenderos estaban limpiando la calle y a un costado había una pila de coronas con las flores reseca, con sus cintas violetas y las letras doradas con mensajes que el difunto a quien estaban dirigidos nunca leería. Doblé a la derecha; allí el paisaje era distinto: cimientos abiertos, ladrillos y mallas metálicas apiladas, bolsas de cemento cubiertas con plásticos para resguardarlos de la lluvia, y mucha actividad laboral.

Aparqué la moto debajo de un árbol, junto a una máquina hormigonera. Le pregunté al maquinista donde podía encontrar al señor Lippi. Me miró como diciendo ¿y vos quién sos? Intuyéndolo, sin dejarle decir una palabra más, le dije que era el nuevo Sobrestante.

Me miró sorprendido. Ahhh, Don Lippi es aquel que está allá agachado midiendo. Señaló hacia el final del limpio te-

rreno. Me acerqué a un grupo de tres hombres y alzando un poco la voz, pregunté: ¿Don Lippi?

-Sí, respondió al tiempo que se ponía de pie, levantándose un par de centímetros el ala del sombrero de paja, dejando al descubierto un trozo de su frente más blanco que el resto de su curtido rostro.

-Soy Ricardo Gutiérrez, el nuevo Sobrestante, le dije al tiempo que le tendía la mano.

Me “midió” con unos ojos marrones pequeños y profundos, sonrió y me tendió la mano. Al estrecharla noté la dureza de sus callosidades. El hombre tenía en sus manos un certificado de trabajo duro. Vestía jardinera de tirantes de color gris, camisa a cuadros con las mangas remangadas y un par de botines de punta redonda que alguna vez fueron negros. El lápiz rojo en la oreja derecha y el metro doble en el bolsillo lateral de la pierna derecha.

-Mucho gusto. Espere un momento. Se dirigió a los dos hombres que estaban replanteando con él, diciéndoles: muchachos, sigan con el trabajo, usen los clavos gruesos y tengan cuidado con las marcas, yo voy con el joven a la caseta. Es el Sobrestante que viene a trabajar con nosotros.

Los hombres me saludaron acercándose a darme la mano, uno se quitó la gorra. Al oír hablar a Don Lippi, por su acento deduje que era italiano. Caminamos por el centro de la calle arbolada y pude ver que los tres cables de la fuerza motriz venían desde la toma a través de las ramas, que en algún caso estaban fijados sobre una tabla atada a las ramas, y que en otros aprovechando el tronco, habían clavado allí las tazas de porcelana aislante y seguían su camino hasta la hormigonera.

Cerca del alto muro que separaba el cementerio de 27 de Febrero había dos casillas. Señalando una Don Lippi me dijo:

-Esa de la izquierda es la suya, la otra es de Basilio, el sereno. Él es peón nuestro y como no tiene dónde vivir,

hace de sereno, se gana unos pesos extra y vive aquí, en el cementerio, y no tiene que pagar una pensión.

Se adelantó y abrió la puerta de la casilla. Levantó una especie de ventana, que en realidad era una puerta placa horizontal con marco y bisagras incluidas. La fijó con un soporte de madera rectangular. Frente a la ventana había un tablero inclinado y un taburete; a la derecha, una elemental estantería de madera y un mueble bajo de dos puertas completaban el rudimentario mobiliario. El suelo estaba hecho con tablones desparejos.

Me asomé un poco por la ventana. Un paisaje de nichos y cruces blancas a la derecha; a la izquierda se veía el comienzo de las obras y más atrás el largo muro de ladrillos desgastados por el tiempo que cerraba el cementerio por 27 de Febrero.

Un profundo silencio, solo roto por algunos pájaros y el ruido del motor de la hormigonera, serían a partir de aquel instante lo que me acompañaría en el próximo año y medio de trabajo.

Don Lippi abrió el mueble bajo, sacó unos legajos de planos y el expediente atados con una ancha goma elástica, colocándolos sobre el tablero diciéndome:

-Aquí tiene toda la documentación. Como le habrán informado hace una semana comenzamos la obra. Limpiamos y nivelamos el terreno que no estaba del todo mal; ahora estamos replanteando los cimientos y haciendo una losa. Tenemos que tapar un pozo ciego antiguo que apareció en esa esquina (la señaló sobre el plano que habíamos desplegado sobre el tablero), lo tenían tapado con tablones y tierra.

Está justo sobre un muro lateral, no recibe carga. Por las “moscas,” hablé con el ingeniero y decidió hacer una losa y de paso reforzar el cimiento con una viga que apoyará sobre la losa, afirmó Don Lippi con una pequeña sonrisa, añadiendo: Son cosas que pasan.

-¿Algo más?, pregunté.

-Sí, la certificación de obra es semanal. Debemos rellenar esta planilla y usted verificará la certificación y la aprobará o no, según su inspección. El original se lo queda usted y a fin de mes lo lleva al departamento de Obras Públicas, así allí nos hacen la liquidación. Todo es muy sencillo y rutinario. No se preocupe, le ayudaré, acotó.

-No me preocupo. Es la primera vez que debo hacer este tipo de trabajo en obra, y como conozco la teoría, me imagino que será sencillo.

-Sí, hombre, no es nada del otro mundo...

### **Un excelente negocio**

Al abrir los cimientos, que por entonces se hacían con pala de punta, pala ancha y pico según la dureza de la tierra, aparecieron las primeras “sorpresas”: estábamos trabajando en el cementerio más antiguo de la ciudad, así que aparecieron huesos, restos de madera, tibias, algún cráneo al que le faltaban dientes, restos de latón, y unos sorprendentes hormigueros de casi 20cm de diámetro, etc. Como no era la primera vez, casi rutinariamente, los restos se pusieron en una bolsa vacía de cemento y por la tarde los llevaron al osario, que estaba justamente en el otro extremo del cementerio. Aquellos eran restos de vaya a saber quién o quiénes, perdidos en el tiempo, nunca reclamados por familiares que quizás ya estaban enterrados en el mismo cementerio o perdidos en el olvido eterno del tiempo.

Por entonces no existían la reducción de cadáveres y mucho menos la económica práctica de la incineración.

En otros solares menos antiguos, se seguían normas dictadas desde la Administración. Se informaba sobre las obras y el levantamiento de cadáveres dando un plazo a los últimos familiares que tenían registrados, porque el terreno de las tumbas en tierra se comercializaba entonces con distin-

tas fórmulas: alquiler por 10 años renovables, mediante el pago de las tasas correspondientes; podía ser a perpetuidad y qué decir de los panteones en la parte “noble del cementerio”. Aquello era arte funerario en su máxima expresión.

El cementerio, como cualquier propiedad municipal, es un negocio del cual sacan tajada el propio municipio y un grupo de empresas y particulares que prestan servicios dentro y fuera de él. En La Piedad aprendí que la muerte es un excelente negocio. Solo hay que acostumbrarse a convivir en su entorno.

Poco a poco comencé a conocer al personal del solar 48 y de los otros solares. Allí estaban Basilio, el jorobadito Serrano, los primos Mancusso, el gallego López, un tal Pepe, el flaco Agustín y otros más.

Luego de arrastrar la Lambretta durante los primeros días, me familiaricé con los recorridos de las callecitas internas. Ya entrando en confianza, comencé a moverme con la Lambretta lenta y respetuosamente a lo largo y a lo ancho de todo el cementerio.

Por la mañana al llegar, Basilio ya tenía la pava con el agua calentándose en un hornillo eléctrico. Lo hacía de motu proprio, como una atención, ya que nunca se lo pedí. Así que mientras revisaba las certificaciones, la marcha de la obra o dibujaba mis láminas para la facultad, tomaba mis mates en el comienzo del otoño.

Cándido Laluche se alegró al encontrarme. Era Agriensor, mi Jefe directo. Cándido era un hombre menudo, de cabello ondulado entrecano y con un eterno cigarrillo en sus labios. Los dedos índice y mayor (corazón) de la mano derecha estaban teñidos de amarillo por la nicotina.

-Me alegra verte, pibe, me saludó afectuosamente

-Y a mí, le respondí sinceramente

Dejando de lado las formalidades, me comentó:

-Dentro de mis planes de trabajo cuento con vos, y con

tu ayuda está el de hacer un relevamiento de todo el cementerio. ¿Podés creer que no existe un plano actualizado de nada? No hay referencias catastrales de lo antiguo, así que habrá que partir de cero.

-Cuando usted lo disponga comenzamos, le dije.

-Eso será más adelante; ahora tengo que dar solución a otros líos administrativos. Aquí existen problemas de concesiones y licencias por la ocupación de espacios de las florerías.

Se detuvo, dejando caer una larga ceniza, dio dos pitadas (caladas) profundas al cigarrillo y continuó diciéndome mientras el humo le salía por la nariz y la boca.

-Cielo bendito, en este cementerio los únicos que no me dan problemas –por ahora– son los muertos. ¿Sabés? Las florerías ocupan espacios en las veredas de ingreso sin contrato, con permisos provisorios vencidos... y mejor no te cuento sobre la situación de los permisos de obra de los nichos particulares nuevos en el ingreso, remató con un tono de indignación.

### **Si no lo veo, no lo creo**

El jorobadito Serrano tenía una pequeña joroba y el rostro afilado. Usaba bigote fino siempre bien recortado y un inseparable sombrero de paja tipo toda estación. En año y medio, verano e invierno, el sombrero no se lo sacaba ni para dormir. Él también ejercía de sereno en el solar de al lado. Según me contó reservadamente Juan Mancusso, el jorobadito Serrano tenía fama de mujeriego.

-¿Fama de mujeriego? ¿Dónde? pregunte incrédulo.

-Aquí, en el cementerio, dónde va a ser, me contestó Mancusso con una sonrisa.

-Me la estás contando...

-Nooo, en serio.El “turro” después de trabajar por la tarde, va a la casilla, se lava un poco, se cambia de ropa y

sale de gira. Los sábados lo hace a la tardecita temprano, después de comer.

-No me digas que levanta minas acá, en el cementerio.

-Que si levanta, claro que levanta... nosotros, cuando recién llegamos tampoco lo podíamos creer. Se la está contando, decíamos. Pero no, en serio, yo no sé cómo hace pero el "turro" levanta minas y usa la casilla como "telo" (hotel).

-No te lo puedo creer...

-Síiii, se lo juro; a mi me pasó lo mismo hasta que lo ví un par de veces. Él lo cuenta sonriendo. Dice que las "huele" y que con la pinta que tiene se confían... pero las "guachas", aunque parezca mentira, vienen a eso...

Era verdad. Algunos días que me demoraba en la casilla lo veía salir con la jardinera limpia, camisa arremangada y su sombrero. Aquel libro de Barón Visa en el que el protagonista desflora a una virgen sobre un féretro cerrado haciéndole apoyar los talones en las asas, me había parecido demasiado morboso. Pero esto, si no lo veía, no lo creía. Era cierto. Algunas mujeres aprovechaban el atardecer paseando por el cementerio a la "pesca" con la misma naturalidad que se sale a "pescar" por calle Córdoba o en un supermercado. Solo cambiaba el escenario y allí estaba el jorobadito Serrano con su imagen de poca cosa y su sonrisa preguntando: ¿Busca alguna tumba? ¿Quiere que la ayude?, yo trabajo acá... ¿Están caras las flores, no? ¿Apúrese que dentro de un rato cierran el cementerio, a ver si la dejan dentro encerrada? Eran algunas de "las entradas" sencillas que usaba en un primer acercamiento y que nos contaba sonriendo durante los asados que se hacían en el cementerio. Hasta llegó a tener novia fija el hombre. Era una muchacha que venía de Pérez, un pueblo aldeaño. Durante una temporada, el jorobadito Serrano los viernes no salía de "pesca". Ella venía fijo, pasaba la noche con él y los sábados tempranito, se iba a visitar a la hermana que vivía por Tiro Suizo.

## Casualidades

El cementerio se había ampliado en función del aumento de habitantes de la ciudad. Estaba dividido en dos por la calle Provincias Unidas; a la izquierda, la parte antigua, donde trabajaba y en frente, a la derecha (si nos ubicamos mirando al norte) la ampliación nueva.

Me enteré que en la parte nueva trabajaba el “Loco” Reviglio, a quien conocía del Industrial 4 y del Club Provincial. Él era mayor que yo y competía en natación con gente de su edad. Me llevaría 3 o 4 años y eso en natación significan tres o cuatro categorías de diferencia. Coincidíamos pero no competíamos entre nosotros.

Así que una mañana tempranito me crucé a la parte nueva y lo busqué.

-¿Qué hacés acá? Se sorprendió al verme y estrecharme la mano.

-Lo mismo que vos, laburo enfrente, en el solar 48.

-No me digás, que coincidencia.

-Sí, cuando me enteré que estabas aquí me dije lo voy a visitar al “Loco”, tomamos un cafecito y de paso me entero de algunas cuestiones laborales.

-Macanudo. Che, mirá, acompañame que estoy buscando un punto de referencia y después tomamos el café.

Caminamos entre tumbas bajas. Esta parte nueva del cementerio estaba urbanizada con trazados ortogonales más amplios, y las calles peatonales secundarias embaldosadas. A diferencia de las calles principales, noté la falta de árboles. Por fin se detuvo, abrió un plano general y lo apoyó sobre una lápida de mármol blanco, y sentándose en un extremo y me dijo sentáte un rato hasta que encuentre lo que busco.

Pensé que aquello era una falta de respeto, pero terminé sentándome casi apoyado sobre la pared terminada en cruz con una placa de bronce incorporada y un par de floreros

con flores marchitas a ambos lados. El loco seguía buscando en el plano. Distraídamente, en la placa de bronce miré el nombre del allí enterrado. Leí: Josefina Gambetta. Me quedé helado; era la abuela de mis primos, a la cual conocía. Había miles de tumbas y justo me tuve que sentar en esa. Increíble casualidad.

### **Lluvia**

La obra avanzaba a buen ritmo, solo interrumpida por las lluvias del otoño, que por un lado eran un contratempo para el contratista e indirectamente me favorecía con mis casi siempre atrasadas láminas de la facultad.

Don Lippi me enseñó muchos detalles de albañilería, desde cómo se debe trabajar sobre un andamio recibiendo el material, sean ladrillos o mezcla, a ordenar el trabajo desde primera hora y a resolver los problemas utilizando por un lado sus conocimientos y por otro su carácter persuasivo con sus oficiales y peones. Nunca lo oí gritar y algunas veces motivos no le faltaban.

Aquel día gris caía una fina garúa (chirimiri) y me dijo: Vamos a tomar unos mates con los del osario, así de paso me llevo unas lechugas a casa.

Recorrimos andando medio cementerio, empapados por la fina garúa que seguía cayendo. Al llegar, saludó: Buenas, muchachos...

-¿Qué anda haciendo, Don Lippi? le respondió uno de los cuatro empleados que estaban sentados en sillas altas y bajas de distinto tipo en torno a una mesa baja. Sobre la mesa el calentador, la pava, un paquete de yerba, la azucarera y un paquete abierto con medias lunas y vigilantes.

-Tome un matecito, Don Lippi.

-Me va a venir bien, está fresquita la mañana y la garúa cala hasta los huesos respondió Don Lippi, al tiempo que decía: Ahh, muchachos, este señor es el nuevo sobrestan-

te. Y continuó: ¿Está muy embarrada la quinta? Porque me quiero llevar unas plantas de lechuga...

-No se preocupe, Don Lippi, antes de que se vayan yo voy y se las traigo... y así de paso corto una para nosotros... hoy no tenemos asado por el tiempo, solo mortadela, salame y queso, qué se le va a hacer.

De pronto, alguien golpeó suavemente la puerta de entrada.

-No me lo puedo creer, ni con la lluvia nos dejan tranquilos, dijo uno de los hombres, el más gordo, mientras salía a ver qué querían. Al abrir la puerta alcancé a ver un grupito de cuatro o cinco personas guareciéndose bajo de un par de paraguas. Saludaron y entregaron un papel que sacaron de un sobre, tratando de protegerlo de la lluvia. Venimos por los restos de nuestra abuela que fueron reducidos por las obras...

-A ver... sí, está bien... aguarden un momento que los busco y se los entrego.

Agarró el papel. Cerró la puerta y se acercó al escritorio cotejando los datos del papel con los asentados en un libro. Esto debe estar por acá, dijo mientras se dirigía a unas estanterías de madera. Agarró una bolsa de papel y vi que colocaba huesos; después, de más abajo agarró una calavera, la miró como reconociéndola y la metió en la bolsa. Listo, dijo dirigiéndose a la puerta.

-Acá tienen los restos de la señora... deben firmar en el libro de registro, aclarando nombre, apellido y documento de identidad del que firma.

-Firmo yo, dijo el mayor de todos.

-Está bien, pase al escritorio.

Firmó y se marcharon con los huesos de la abuela. No habían pasado diez minutos cuando golpearon la puerta nuevamente.

-¿Otros, con el tiempo que hace? Dijo el gordo dejando el mate sobre la mesa.

-Disculpe, somos nosotros de nuevo... pero al ir a pasar los restos de la abuela a la caja que trajimos, nos dimos cuenta, que la abuela tenía la cabeza mucho más chica que la que nos entregaron.

-Caray, puede ser una equivocación, déme el cráneo y así lo verifico. Lo miró científicamente y dijo: Sí, puede ser que haya un error... esperen aquí que voy a revisar... Cerró la puerta. ¿Será posible?, dijo dirigiéndose a todos. Éstos dicen que la abuela no era tan cabezona... a ver si encuentro un cráneo más chico...

Volvió otra vez a las estanterías, le oímos remover calaveras y decir Ojalá que esta les vaya bien... Trajo una calavera más chica, guiñándonos un ojo y sonriendo por lo bajo abrió la puerta y con voz profunda y ceremoniosa dijo, al tiempo que les tendía la calavera :

-Tienen ustedes razón, ha sido una equivocación... ésta es la calavera de la abuela. Disculpen, son comunes las confusiones, más ahora que el cementerio está en obras y hay reducciones normales, como la de ustedes, y las de las obras.

Calavera en mano el hombre mayor le echó un vistazo y afirmó: Sí, esta es la abuela... muchas gracias, ahora estamos seguros que descansará en paz en el nuevo nicho familiar.

El gordo cerró la puerta muerto de risa. Mirá vos, menos mal que acerté con el tamaño, acabó diciendo.

Salí afuera, no podía soportar la escena vivida. Todo parecía surrealista, hasta la familia que se alejaba caminado apretujada bajo la garúa, con los “restos de la abuela”.

## **El asado**

Los obreros de la construcción tenían costumbre, por entonces, al mediodía comer un asadito. Humberto Mancusso era el asador oficial del Solar 48, y muchos medio-

días me invitaban a comer. Yo accedía porque lo hacían de buen agrado y porque me sentía como si fuera uno de ellos. Basilio iba, a media mañana, a la carnicería, a la panadería y al almacén por el vino. La lechuga y los tomates los iba a buscar a la quinta de detrás del osario, el jorobadito Serrano. Usaban como leña madera de descarte, algunas ramas de la poda y unos trozos de madera dura que habían encontrado cerca del muro que daba a 27 de febrero.

Un jueves me dijo Don Lippi: Mañana a la noche hacemos el asado festejando el cumpleaños del flaco Agustín... viene el Jefe y queremos que usted también nos acompañe...

-¿A qué hora es?

-Ni bien dejamos de trabajar lo hacemos... si usted tiene algún compromiso, se va antes y asunto arreglado.

-De acuerdo. Sí, tengo un compromiso, pero avisando con tiempo lo soluciono... de todas maneras, muy tarde no va a terminar ¿no? Otra cosa ¿hay que poner guita?

-No, invita el flaco Agustín. Nosotros ponemos el vino, un poco de fiambre, queso y aceitunas negras adobadas, para ir picando.

-Bueno, yo traeré dos botellas de Amargo Obrero (un aperitivo).

Sobre las cinco de la tarde comenzó el operativo. A esa hora por allí circulaba poca gente, así que decidimos instalar la mesa directamente a un costado de la calle y no muy lejos de la parrilla. Unos tablones sobre borriquetas formaban la mesa, recubierta con papel de envolver blanco. Las sillas eran algunas destartaladas y cajones de herramientas vacíos. El humo de la leña se comenzó a confundir con el aroma de los chorizos, morcillas, chinchulines y las tiras de asado gruesas. Algunos visitantes despistados se acercaron atraídos por el olor y miraban asombrados los preparativos y al asado que Humberto vigilaba atento.

Imagino sus pensamientos y los comentarios al llegar a casa, sobre el asado que vieron se estaba preparando en pleno cementerio.

Cándido Laluche llegó sobre las seis y media, saludó y se acomodó en la cabecera que le habían reservado. Don Lippi se sentó a su derecha y yo a su izquierda, como si se tratara de un orden jerárquico establecido. Tras el picoteo inicial, aparecieron los chorizos, las morcillas y los chinchulines. El vino corría abundante en medio de bromas y cargadas entre el personal y los cánticos de “Que los cumplas feliz...” El asado estaba riquísimo, sobró cantidad, para comer al otro día, frío, como fiambre, con su sabor ahumado muy particular.

Sobre las diez de la noche le dije a Cándido: Me voy ¿quiere que lo arrime al centro?

-Sí, me viene bien si me dejás por Ovidio Lagos, allí tomo la E que me deja al lado de casa.

Saludamos a todos, agradeciendo la invitación y nos marchamos. El lunes siguiente, al llegar a la casilla, se acercó el flaco Agustín

-¿Qué tal la pasó el viernes?

-Muy bien, el asado estaba a punto y todo salió muy bien. ¿Ustedes terminaron tarde...? Estaban un poco “picados”, ¿no?

-Sí, estábamos un poco “picados”... no sé cuántas botellas nos tomamos... ¿No le contaron lo que pasó con Basilio?

-No, recién llego...

-Uuyy... Basilio tenía un “pedo” que no se podía tener en pie. Humberto le preparó una “joda”... aquello fue para verlo... cuando nos despedimos, hicimos ver que nos íbamos y nos escondimos detrás de su casilla. Basilio, el pobre, iba haciendo eses, casi se arrastraba hasta que entró en su casilla. Sentimos un alarido, un grito de terror y miedo, Basilio

salió corriendo de la casilla en línea recta como si corriese los 100 metros... estaba transformado, se le había pasado el “pedo” de golpe...

-¿Qué pasó?

-Nada... Humberto le puso una calavera con una vela encendida dentro, sobre el cajón de manzanas que Basilio tiene al lado del catre. Imagínese...entró y se encontró con “eso”...me dijo mientras se partía de risa.

-Me lo imagino.

### **Un encargo**

Carlos Rolando estudiaba abogacía con mi hermano Eduardo. En pleno invierno venía a casa patinando. Cruzaba todo el parque Independencia y entraba por el largo pasillo de casa en calle Presidente Roca. Traía puesto un gorro de lana, gafas oscuras, echarpe enrollado al cuello, pantalones de pana y una campera de piel oscura. Más de una vez mamá le decía: Estás loco, un día de estos no te ven y te atropella un auto. Él, sonriendo, la tranquilizaba: No se preocupe, Rosita yo me voy cuidando de los autos...

Carlos me sorprendió una noche al decirme: Vos sabés que mi hermano estudia medicina... él se enteró que trabajás en el cementerio y me pidió si le podías hacer el favor de conseguirle una calavera, que le va a venir bien en anatomía y traumatología.

Me quedé callado. Nunca pensé en recibir un encargo de esa naturaleza. Reaccioné y le dije: Mirá, es la primera vez que alguien me pide algo así... veré qué puedo hacer, porque es un tema algo delicado... sacar una calavera del cementerio no sé si se podrá... averiguaré y si se puede que tu hermano cuente con ella.

Al día siguiente se lo comenté a Don Lippi. No creo que tengamos ningún problema. Yo hablaré con los muchachos del osario y estoy seguro que la conseguimos, me dijo.

Y así fue. Dos días después del “pedido” encontré en la casilla una bolsa sobre mi banco de trabajo. Presumí lo que contenía aquella bolsa. La abrí y allí estaba la calavera. Al rato se llegó Don Lippi y me dijo: Bueno, ya tiene resuelto el pedido. Los muchachos me dijeron que tenga usted cuidado de no comentarlo con nadie. Si se corre la voz o alguien de más arriba se entera, pueden tener problemas.

-Quédese tranquilo, Don Lippi, no habrá comentarios. Una pregunta ¿hay que arreglar con algo a los muchachos?

-Para nada, ellos me deben favores: algunas bolsas de cemento, algunos ladrillos y otras cositas. Lo que puede hacer es traerles un par de botellas de vino y asunto arreglado.

La cuestión era llevar el “paquete”. Intenté colocarlo en el pequeño maletero de la Lambretta pero era demasiado grande y la tapa no cerraba. Así que decidí llevarlo en la parte de adelante de la moto, sujetándolo con el pie izquierdo. Todo fue bien hasta que encaré el pavimento de adoquinado grueso de Av. Godoy. De pronto, entre baches y saltos el paquete voló de la motoneta y rodó a un costado de la calle. ¡Que lo parió! Lo único que me falta... que se caiga y la pise un coche y tenga que dar explicaciones, pensé automáticamente.

Se volvió a caer un par de veces más. Así que la recogí del pavimento y seguí prácticamente a paso de hombre, mientras algunos conductores de los coches a los que entorpecía por mi marcha lenta, aparte de tocarme el claxon, al pasar al lado me puteaban de lo lindo. Uno me dijo: Que hacés boludo... te creés que estás en una procesión... ¿Qué?, ¿vas pisando huevos?, huevón... Y otro casi acierta al decirme: Flaco, acelerá... parecés una carroza fúnebre...

El final de la historia casi resulta dramático. El hermano de Carlos puso preceptivamente a hervir la calavera en una olla, sin decirle nada a la madre, que en ese momento no estaba en la casa y se olvidó del asunto, hasta que escuchó

un alarido... Encontró a la madre sentada en el suelo, descompuesta, pálida como el mármol blanco. De la olla, ahora destapada, salía vapor del agua hirviendo y la calavera, por la ebullición, se movía suavemente dentro.

-Mi vieja cuando destapó la olla y se encontró con la calavera casi se desmaya del susto que se llevó.

Nos lo contaba risueñamente Carlos en la pieza donde estudiábamos y soñábamos, en la casa de calle presidente Roca. A mi vieja la mantuvimos al margen de todo el asunto, si se entera me mata, seguro.

### **¿Saben la última?**

La bronca que le echó la mujer de Don Lippi cuando se enteró que la lechuga, radicheta, tomates y rabanitos eran de la “huerta del cementerio”. Lo tiró todo a la basura y le ordenó que no llevara más a su casa esas verduras del cementerio.

Nos enteramos por los del osario: ¿Saben la última? La mujer de Don Lippi, cuando se enteró que la verdura venía de acá, lo cagó a pedos y le prohibió llevar nada a su casa. Nos lo contó él mismo, bastante contrariado. Don Lippi solía bromear sobre el asunto, diciendo que en su vida había comido unas verduras tan frescas y tan sabrosas... “debe ser por el abono natural” que se da muy bien en esta parte del cementerio, acotaba, mientras sonreía con picardía, entre cerrando los ojos.

### **Los cuidadores de nichos era otra de las industrias institucionalizadas.**

Allí estaban atentos a que llegara él o los candidatos. Una vez que se detenían frente al nicho y comenzaban con el ritual de tirar las flores marchitas, limpiar un poco la lápida o regar el rosal marchito plantado sobre los difuntos, el cuidador se acercaba saludando atentamente: Buenas tardes,

soy el cuidador, ¿puedo ayudarles, necesitan algo? Y claro, siempre faltaba algo. Y allí estaba el hombre servicial, argumentando que él, por unos pocos pesos, les podía hacer el mantenimiento del nicho, cuidar que las flores tuvieran agua o reponerlas cada dos semanas, cuidar que no se las robasen, poner hormiguicida “Camani”, limpiar la placa de bronce, etc, etc. Siempre alguno “picaba”y se iniciaba la transacción comercial. Lo que ignoraban los deudos eran los detalles de la prestación del servicio. Las flores desaparecían al otro día e iban a parar a otra tumba o de regreso a las florerías; lo del agua, la limpieza y el veneno para las hormigas era parte del timo. Los deudos, según pasaba el tiempo, iban espaciando más y más las visitas al cementerio y los “cuidadores” llevaban en una libreta un control de fechas, así que por experiencia práctica sabían cuándo estaban por llegar las “visitas”. Allí estaban ellos, atentos a aliviar los bolsillos y las culpas de aquellos que llegaban de tarde en tarde a visitar a sus deudos.

### **Cómo uno se familiariza con todo...**

Un día a media mañana me llamó el administrador del cementerio.

-Oiga Gutiérrez, tiene que tener un poco más de cuidado con la motoneta... ya son varias las quejas que se recibieron. Hoy vinieron tres viejitas a decirme que casi las atropella un señor que andaba en moto con pantalón y sombrero blanco que salió como una exhalación entre dos nichos altos y casi se mueren del susto... Hay que tener cuidado con esas cosas...

-Usted sabe...iba a argumentar, pero me interrumpió y continuó: No me venga con historias que me las conozco todas. Hace 20 años que laburo aquí, sé que esto es muy grande y no se puede andar caminando de acá para allá todo el día... lo sé, y por eso como aquí me ha pasado de todo,

solo me falta que usted mate a alguien con la motoneta... por favor, vaya más despacio. ¿De acuerdo?

### **¿Los quieren probar?**

Don Lippi solía divertirse con los visitantes que entraban a curiosear por la galería ya cerrada del edificio. Cuando desde el andamio los veía entrar, los dejaba acercar y preguntar sobre los nichos. ¿Cómo son?, era la pregunta más frecuente, tanto que Don Lippi tenía la respuesta estandarizada.

-Son nichos bandeja, muy cómodos... entran un féretro y dos o más reducciones... añadiendo a continuación, con una cierta sonrisa irónica: ¿Los quieren probar...?

-Dios nos libre... por favor, qué nos dice usted... le contestaron dos señoras mayores que prácticamente salieron corriendo, como espantadas ante la propuesta. Don Lippi, sonriendo con picardía me dijo: Vamos a tener que poner un cartel que impida el acceso de curiosos, aunque esto es divertido. Ver la reacción y la cara que pone la gente cuando les digo si lo quieren probar...no tiene desperdicio.

En pleno verano el bueno de Cándido Laluche cumplió con su compromiso HICIMOS EL RELEVAMIENTO DEL CEMENTERIO, lo pongo con mayúsculas porque solo aquellos que no conocen el calor húmedo de Rosario lo podrán comprender. Era una “cosa de locos” medir una semana sí y la siguiente también, a pleno sol, traspirando y comiéndonos la tierra que levantaban los coches que pasaban por 27 de Febrero, o meternos entre las tumbas y tener que parar por los entierros que comenzaban a las 8 de la mañana y de forma continuada finalizaban sobre la media tarde, con todo lo que aquéllo significaba: pilas de coronas de flores, familiares y acompañantes llorando detrás de las antiguas carrozas negras tiradas por caballos.

## ¿En el cementerio?

Cuando algún amigo o conocido me preguntaba si estaba trabajando, trataba de contestar casi mecánicamente: estoy como sobrestante de obras, sin añadir dónde, por aquello de no dar explicaciones. Inevitablemente venía la pregunta:

-¿Y, dónde, che?

-En La Piedad

-¿En el cementerio?

-Sí, en la parte antigua del cementerio.

-¿Y qué hacés allí?

-Estoy en el solar 48. Están construyendo unos panteones de nichos nuevos en la ampliación del cementerio, controlo la obra y de paso sigo estudiando (casi como una disculpa por trabajar en un sitio poco usual e insólito para la mayoría).

La gente mostraba asombro e incredulidad, tal vez por el preconceito establecido sobre un cementerio. Allí se va de duelo...pero a trabajar suena extraño.

Imagínense cuando se lo conté a mi novia...

Socialmente La Piedad no es El Salvador y mucho menos La Recoleta, lleno de muertos famosos y ubicado en el barrio norte de Buenos Aires.

Paradójicamente, la muerte solo nivela el hecho de la desaparición física. En los cementerios persisten las diferencias sociales y económicas.

Allí me di cuenta de que no hay edad para morir. Muerre todo el mundo: niños, jóvenes, menos jóvenes, adultos, ancianos.

La muerte es un carrusel y una gran ruleta, cuando toca, todo se acaba.

Algete, junio 2011

## En realidad “vengo a vender una idea”

Existe una esquina emblemática de la zona norte de la ciudad de Buenos Aires: el cruce de la tradicional avenida Callao con la Gran Vía del Norte, la avenida Santa Fé.

En una de sus esquinas, casi al lado de la confitería Pericles está Lázaro Costa, empresa dedicada a servicios funerarios desde hace muchísimos años.

Allí entró una mañana de otoño Ernesto Smimo.

El negocio sobrio, alfombrado, con grandes tresillos de piel marrón tenía el mismo aspecto circunspecto del empleado que solícito le atendió preguntándole:

-¿En qué puedo serle útil, señor?

-¿Es usted el jefe? preguntó Smimo.

-No, pero puedo atenderle sin problemas, comprendo su situación. Le respondió el empleado en voz baja y tono compungido.

-Mire...insistió Smimo, yo necesito hablar con el jefe.

-Por favor entiendo su estado de ánimo, sentémonos y hablemos con comodidad del mal trance...dijo el empleado a la vez que cogía una carpeta de color negro y un bolígrafo. Preguntando a como al pasar a continuación: ¿es familiar suyo el fallecido?

-Smimo, sonrió y le respondió: mire felizmente no vengo por ningún muerto, ni a interesarme por el precio de ningún servicio; en realidad vengo a vender una idea...

-Ah...musitó el empleado. Añadiendo: Por eso quiere hablar con el jefe.

-Bien, bien, ahora le entiendo ¿es usted proveedor?

-No, para nada, yo vine aquí para vender una idea...

-Bueno, siendo así, dijo el empleado levantándose, verá si el señor Lázaro Costa puede atenderle. Espere usted un

momento por favor. Se dirigió a una puerta de sólida apariencia embellecida con fina marquetería, golpeó suavemente con los nudillos y entró.

Smimo, aprovechó para sacar un pañuelo y secarse el sudor de la frente, es un hombre que mide casi un metro noventa y por ese entonces rondaría los 130 kg. de peso. Miró hacia afuera durante un rato, la circulación por avenida Santa Fé a esa hora era infernal, buses, muchos buses, taxis amarillos y negros, coches y gente mucha gente, caminando apurada, cruzando Callao, cruzando Santa Fé según les daba paso el semáforo. Lo único que inspiraba un poco de calma era el puesto de la florista de la esquina de enfrente.

-El señor Lázaro Costa le atenderá, acompáñeme por favor.

-Gracias, contestó Smimo, miró su reloj habían pasado diez minutos durante la espera.

Entraron, el empleado les presentó y se retiró cerrando suavemente la puerta.

El despacho era enorme, sobrio, casi aséptico detrás de una gran mesa estaba sentado Lázaro Costa, quién preguntó luego de estrecharle la mano a Smimo e invitarle a sentarse:

-¿En qué puedo ayudarle?

Smimo abrió su portafolio, sacó una tarjeta y se la entregó.

Diciendo casi de inmediato.

-Señor Costa, le interesaría a usted como profesional que es del negocio funerario saber por ejemplo ¿cómo se desarrolla su actividad en Europa?

Sorprendido por la pregunta demoró en responder diciendo: - Hombre claro...

-Imagínese que organizamos una gira profesional visitando cuatro o cinco capitales europeas en las cuales tendría usted la posibilidad de entrar en contacto con colegas, ver como son los tanatorios, los servicios de velatorio, los

trámites en los ayuntamientos, los crematorios, el funcionamiento de los cementerios, conectarse con proveedores y de paso pasear por Europa...

Lázaro Costa sonreía con interés...

-¿Existe alguna asociación que nucleee a este tipo de empresas? Continuó preguntando Smimo.

-Sí, yo la presido...

-Entonces señor Costa tenemos que organizar un grupo ¿qué le parece?

- Bien, me parece muy bien, muy interesante me ha vendido usted su idea, dijo sonriente. Presénteme una propuesta, veo por su tarjeta que trabaja usted en Lufthansa, es alemana esa compañía ¿no?

Este relato es real, sucedió hace más de 20 años en Buenos Aires, el grupo de empresarios viajó a Europa, mucho antes de que hicieran su aparición las ferias monográficas sobre el sector funerario.

También es una forma de mostrar agradecimiento hacia un gran profesional, mejor ser humano y amigo: Ernesto Smimo, cuya imaginación comercial transformó más de una idea en brillante negocio.

Artículo publicado en la revista MFFC (Madrid) N° 52, marzo 1993, página 41.

## Cada uno guarda en su interior

Cada uno guarda en su interior historias, momentos de alegría, pena, angustia, ansiedad, descubrimientos, sorpresas, primera vez, escuela, viajes, mudanzas, migraciones, inmigraciones, retornos, amor, desamor, adulterio, amigos, amigas, amantes, padres, abuelos, tíos, hermanos, primos, suegras, suegros, cuñados, deportes, radio, diarios, televisión, hijos, nietos, días particulares, frío, calor, de repente..., patines, bicicletas, pelotas, motos, automóviles, olores, pesca, caza, trampas, engaños, mentiras, distanciamientos, enojos, reencuentros, sorpresas, desayunos, almuerzos, cenas, hambre, sed, trabajo, estudios, primarios, secundarios, universitarios, éxitos, fracasos, sueños, proyectos, instantes, cafés, teléfonos públicos y cabinas telefónicas, desiertos, selva, nieve, llanuras, pampa, montañas, bosques, ríos, casas, habitaciones, hoteles, amigos lejanos, máquina de escribir portátil Olivetti Lettera, cartas, correo, postales, buzones, libros, revistas, diarios, recortes guardados, fotocopias, fax, ropa, zapatos, zapatillas, alpargatas, anillos, aros, collares, gemelos, relojes, sombreros, gorras, caídas, pensamientos, intromisiones, política, dictadura, demagogia, democracia, iglesia, misa, procesiones, desaparecidos, dudas, deudas, arboledas, malecones, muelles, ríos, mar, gaviotas, caracolas, playas, cielos, nubes, atardeceres, noches, estrellas, luna llena, tormentas, viento, arcoíris, calma, humedad, niebla, garúa, lluvia, granizo, nieve, barro, charcos, inundaciones, trenes, metros, tranvías, buses, camiones, aviones, barcos, lanchas, canoas, veleros, botes, animales, perros, gatos, pájaros, monos, circos, elefantes, puertas, llaves, ventanas, plazas, fuentes, alamedas, sillas, sillones, bancos, parques, sierras, cordilleras, muertes, leer, historias, comics, libros,

poesía, teatro, cine, matiné, tarde, noche, responsos, funerales, bodas, doblar de campanas, trompeta, clarín, tambor, bandas de música, desfiles militares, baile, vals, bolero, tango, jazz, rock, pizza, salud, enfermedad, accidentes, carretera, pausas, mate, agua, duchas, arroyos, barrancas, montes, lagos, lagunas, ver, oír, sentir, caminar, correr, dejar pasar el tiempo, el tiempo no pasa nunca, es hoy, fue ayer, mañana sin falta!, plantas, flores, pintura, escultura, edificios, monumentos, citas, lugares, rincones, solcito, calma, silencio, sonido, ruido, multitudes, olores, perfumes, cabellos, peinado, peluquería, lustrabotas, canillita, cartero, motorman, guarda, boletería, administración, funcionarios, colas, burocracia, atrasos en el vuelo, cancelaciones, ordenador, internet, window, teléfono móvil, espectáculos, desfiles de moda, día del..., san Perón, noches en vela, estados de ánimo: bajo (por el suelo), alto, con esperanza, amarguras, honradez, corrupción, políticos, promesas, jubilación, vacaciones, la primera vez que vi... hice, sentí..., entré..., vergüenza..., mentí..., me masturbé..., hice el amor..., lloré..., vi la muerte..., corrí desesperado..., salí a su encuentro..., insulté..., me enamoré..., esperé una carta..., horizonte, caminito, calle de tierra con zanjas, pasaje, acera, veredas anchas, pavimento, tráfico, carreteras estrechas, de montaña, autopistas, puentes, túneles, rectas perdiéndose en el horizonte, atascos, médico, vacunas, dentista, préstamos, hipotecas, cuotas, plazos, pagarés, impagados, multas, recargos, coimas, cosméticos, afeitado, depilado, barba, canas, bromas, chistes, cuentos, monólogos, poesía, orquestas, ópera, conciertos, pueblo, gentes, ciudades, caminos, trayectos, pavimento de adoquines, senderos, borracheras, pedos (Yo no he sido...), eructos (si son de niño: ¡provechito! si son de adultos...), dolores, hospitales, tanatorios, piscinas, baños, pantalones largos, lotería, casino ruleta, naipes, ajedrez, damas, juegos de mesa, juegos infantiles,

ilustración, conocimiento, experiencia, generosidad, docencia, miseria, amplitud, pequeñez de miras, avaricia, FMI, eslogans, cómicos, manos, saludos, despedidas, apretones, abrazos, ignorancia, sabiduría, terror, fobias, ropa, moda: trajes, camisas, jeans, polleras (faldas), abrigos, ropa interior, días: viernes por la noche, atardeceres de día domingo, estudio, exámenes, profesores y profesoras, materias pendientes, sueño, cigarrillos, vino, cerveza, whisky, cubalibre, bibliotecas, museos, clubes, idiomas, pasado, presente, futuro, valor, cobardía, amenazas, el espacio infinito, sonrisa, llanto, telegramas, esperas, plantones, escuchar, dialogar, discutir, importancia, boludez (gilipollez), escueto, somero, ánimo, aliento, conciencia, inconsciencia, asumir riesgos o no asumirlos, alcahuetes (chivatos), análisis, peleas, riñas, misiones, indios, historia, proposiciones, promesas, juramentos, porvenir, sudores fríos, transpiración, conmoción, desgarros, destapadores, copas, vasos, botellas, sifón, gaseosas, caramelos, chocolate, dulces, sal, pimienta, asados, paellas, pucheros, pescado, comunión, el Papa, escuela, aprender, informar, enseñar, compañeros, clase, curso, servicio militar, universidad, primer trabajo, historias, recuerdos, vivencias, experiencia, según pasan los años: niñez, pubertad, juventud, plenitud, madurez, vejez, primavera, verano, otoño, invierno, mujer, hombre, vida...

---

Estaba en la cama haraganeando, el pensamiento vagaba por los escritores, sus historias, sus ideas, sus fantasías. La vida de cada uno de nosotros tiene sus historias propias. Me dije: ¿por qué no poner en orden todos los recuerdos?

Me levanté, preparé el mate y sobre la mesa de la cocina comedor diario comencé a escribir sin proponérmelo y sin orden palabras. Al releerlas como suele suceder (me imagino) encontrarán ustedes en algunas de ellas más o menos sus propias historias perdidas. Escribirlas fue un ejercicio

de recuerdos que fluyeron detrás de cada palabra escrita.

¿O fue al revés? No tiene importancia, es simplemente un juego donde uno va redescubriendo vivencias, como si de alguna manera estuviera viendo transcurrir etapas, momentos de vida a través de las palabras... háganlo, les aseguro pasarán un rato o tal vez más, con ustedes mismos.

Es la historia particular e íntima de cada uno. Así la vivimos sin vuelta atrás, es lo único verdaderamente intangible y nuestro, con ello nos iremos...

Disfruten del momento.

En Algete, pasado en limpio en el verano del 2013. Escrito, quizás, hace 10 años.

## **¿Nos vamos Michael? sonó la voz de Gabriele detrás de mí.**

Como en Hannover nevaba Gabriele, me sugirió:

-¿Y si vamos al sauna a pasar el día?

Aquello me sonó a chino, había estado en diferentes saunas, pero eso de pasar el día era por demás de extraño.

-No será demasiado todo el día, pregunté.

-Si nos aburrimos, siempre podemos irnos, respondió Gabriele.

-No tengo bañador.

-Solo lo necesitarás si vas a la piscina. Si quieres nadar allí puedes alquilar uno.

-No me gusta utilizar ese tipo de prendas tan íntimas alquiladas.

-No te preocupes por ello, están perfectamente esterilizadas, aquí se cuida mucho ese detalle.

Pusimos un par de toallas de baño, los albornoces, sus chanclas (yo no las tengo) en un gran bolso de mano y allá fuimos.

Nevaba suavemente, el cielo presagiaba una jornada blanca y fría, muy fría. Las calles estaban marcadas por la huella negra que deja la circulación sobre el adoquinado, las anchas aceras tenían la senda peatonal señalada tras el paso de unas pequeñas máquinas quitanieve, de cerca se podía percibir una especie de pedregullo muy pequeño de color marrón desparramado en ella para evitar resbalones y caídas siempre peligrosas (seguridad peatonal le llaman).

Íbamos hacia el norte, el camino comenzó a ser familiar (por allí circulan las líneas de metro 1, 2 y 8 ésta va desde el centro de la ciudad finalizando en la puerta Norte de la Messe Hannover y circula junto a las otras dos sobre la

superficie a partir de Fiedelestrabe) al llegar a la bifurcación de las líneas 1 y 2 de metro cogimos una suave curva a mano derecha siguiendo (las vías) entramos por una callecita estrecha, desembocamos en una avenida de doble mano y allí a unos 200 metros girando a la derecha entramos en un gran parking abarrotado de coches. Serían las 11 de la mañana de un domingo y aquello parecía el parking de un supermercado en día sábado. Nos costó bastante trabajo encontrar un hueco, hasta que finalmente después de subir unas rampas que nos alejaron del ingreso principal conseguimos aparcar. Seguía nevando, ahora con más intensidad.

Al entrar al edificio nos encontramos con una larga cola familiar ante la taquilla, digo familiar porque eran familias enteras con los niños y no tan niños, que se iban quitando los abrigo y se sacudían la nieve de la ropa y el calzado, mientras avanzábamos lentamente hacia la taquilla.

Delante nuestro había tres muchachas jóvenes, una llevaba botas cortas y un panty con unos ajustados pantalones a media pierna, las otras abrigadas y con unos gorros de lana cubriendo la cabeza, a una le caía de costado su cabello rubio. Estábamos empezando a quitarnos los abrigo porque el cambio de temperatura era notable.

Después de las chicas nos tocó a nosotros, sacamos dos tickets de 11 euros cada uno, nos entregaron una pulsera magnética y un folleto sobre las normas de la casa, (que como estaba en alemán me lo tradujeron al inglés). Mi amiga me dijo

-Hay tres vestuarios: uno para hombres, otro para mujeres y uno mixto ¿a cual quieres que vayamos?

-Al mixto respondí, automáticamente. Y allí fuimos, a través de un pasillo nos cruzamos con gente que iba y venía de las duchas aledañas, algunas vestidas con albornoz, otros cubriéndose las partes con la toalla atada a la cintura

y otras y otros desnudos completamente. Al entrar vi muchas taquillas verticales, algunas con una pequeña luz de color rojo encendidas otras las tenían en color verde.

-Las de la luz verde son las disponibles, mira aquí hay dos juntas.

Intenté abrir la taquilla, la puerta permaneció cerrada por más que me esforzase tirando del asa.

-Debes pasar la pulsera por el sensor magnético que está a la derecha, tanto para abrir como para cerrar. Luego ponla en la muñeca, la necesitarás dentro.

Lo hice y funcionó automáticamente. Me coloqué la pulsera en la muñeca.

El clima era húmedo y cálido, unos 25° calculé, la ropa de abrigo molestaba, estaba sorprendentemente transpirando. Comenzamos a desvestirnos cuando...apareció silenciosa, como de la nada, por mi izquierda una mujer alta, con el pelo recogido y un rostro de rasgos alargados muy marcados, particularmente duros. Tiene cara de caballo me dije, al tiempo que la mujer de unos 30 años y casi tan alta como yo comenzó también a desnudarse.

Será por una cuestión típicamente masculina heredada de nuestros ancestros, la de mirar al sexo femenino donde este esté y aún estando acompañado utilizar – lo más disimuladamente posible - el rabillo del ojo tratando de captar detalles...hete aquí en una disyuntiva única pensé ¿miro o no miro?

Miré como pude, pero miré.

Acomodó el abrigo en la puerta, se quitó el pulóver y los pantalones dejando al descubierto unas espléndidas y largas piernas, llevaba una escueta braguita tipo tanga. Sin el pulóver, sus tetitas pequeñas apenas sobresalían de su cuerpo delgado y esbelto. Se quitó las braguitas con elegancia dejándome una fugaz visión del monte de Venus perfectamente recortado. Luego, como si de una ceremonia

se tratara se soltó el cabello, lo tenía largo, lo agitó repetidamente inclinando la cabeza y echándola hacia atrás.

En ese mismo instante, su rostro duro sufrió una transformación, hasta me pareció intensamente bello, en correspondencia con ese cuerpo estilizado y femenino.

Se enfundó en un albornoz de color verde claro, se dio la vuelta, se miró en el gran espejo horizontal que enmarcaba los lavatorios, sacudió nuevamente su largo cabello de un lado a otro, hizo como un mohín de aprobación y salió.

-¿Nos vamos Michael? sonó la voz de Gabriele detrás de mí.

Entramos en un gran espacio alto y rectangular, en los laterales estaban ubicados los distintos tipos de saunas, en el centro las piletas para baños de asiento, piernas y pies.

La gente caminaba a sin prisa, algunos con el albornoz, otros con las toallas al cuello o tapándose el sexo. La gran mayoría iba totalmente desnuda.

Hicimos un recorrido por los distintos saunas, y baños con chorros de agua a distintas temperaturas. Entramos al finlandés y Gabriele me dijo: - Michael no subas, luego del baño Turco aquí te puedes quemar. Ella se echó en el primer escalón, yo subí al último. Tenía razón, a los 10 minutos tuve que bajar, el calor era insoportable, sonrió en la penumbra mirándome en silencio como diciéndome: Te lo advertí. Después de un rato salimos y fuimos a las duchas frías que están prácticamente enfrente. Al ir atravesamos unas escaleras que bajaban a una piscina de unos 3x3 metros, sobre el final tenía unas cortinas plásticas verticales. Le pregunté a Gabriele y me dijo: son para salir al exterior... Sí, pero está nevando, le respondí.

-El agua no está del todo fría, más fría está a la que vamos. Me comentó.

Al llegar a las duchas tenía dos opciones o una lluvia intensa desde una flor rectangular o una especie de cubo

con mucha agua que caía de golpe sobre el cuerpo. Me di una ducha rápida y le pregunté: ¿puedo entrar a la piscina sin bañador?

-Sí, en esa sí.

Me agradaba la idea de nadar al aire libre en pleno invierno y nevando. Nunca lo había hecho. Bajé los escalones lentamente, me sumergí pasando limpiamente por debajo de la cortina plástica, al salir del otro lado y sacar la cabeza fuera del agua, lo primero que vi fueron dos espléndidos cuerpos femeninos desnudos metiéndose y saliendo del agua como nadan los delfines.

Aquello me impactó por inesperado mucho más que la suave nevada y el frío.

Al regresar nadando hacia dónde yo estaba vi los rostros, eran dos de las tres chicas de la cola, sonrieron y siguieron con sus juegos naturalmente...

El frío exterior me dejó un poco helado, comencé a nadar tratando de olvidarme de aquellas ninfas...la experiencia: única.

Al salir, Gabriele me esperaba con la toalla.

-¿Te gustó la experiencia?

-Sííí, mucho, alcancé a decir en voz baja, mientras agarraba la toalla y me metía de nuevo bajo la ducha fría.



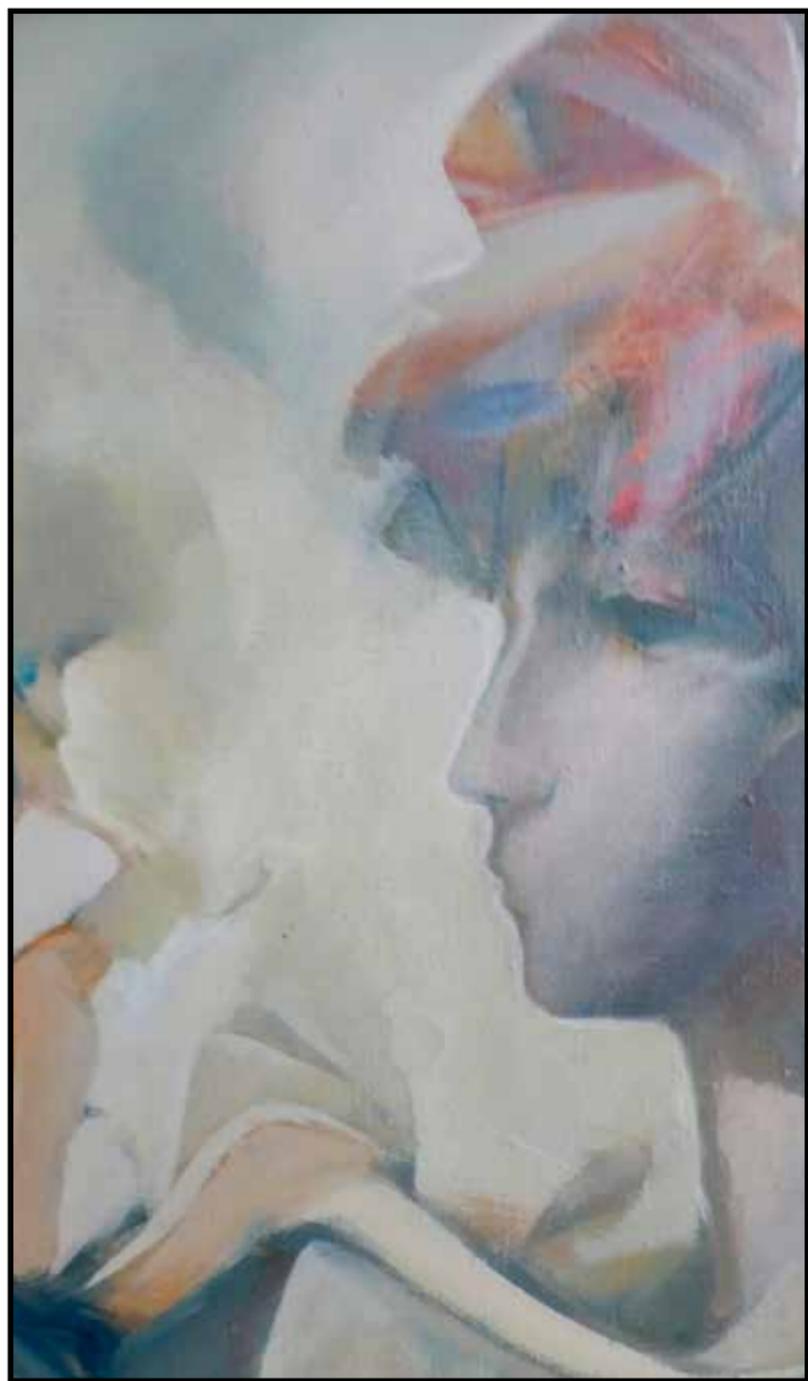
## ÍNDICE

Presentación	7
Las puertas	9
<i>The Falcon Maltés</i>	17
Aquel silencio profundo	27
El “otro” Don Julio	29
Sin testigos	32
Miré la hora, eran las 9 y media de la noche	35
Hermoso nombre, Caridad	45
<i>Approach</i>	50
La casa añadida	53
Salga y vuelva a pasar	60
Konrad	64
Mi vida en “La Piedad”	67
En realidad, vengo a vender una idea	88
Cada uno guarda en su interior	91
¿Nos vamos Michael? sonó la voz de Gabriele detrás de mí	95



Este libro se terminó de imprimir  
el 20 de agosto de 2015





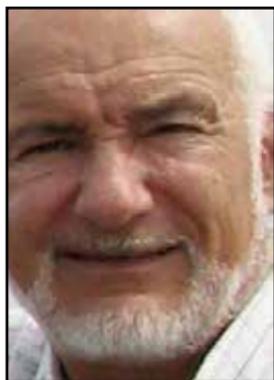


## RESUMEN DEL CATÁLOGO (1987-2015) Colección Narrativa

- Al otro lado de la zarza ardiendo*, de Graciela García Marruz.  
*Hace tiempo... Mañana*, de Rodrigo Díaz-Pérez.  
*El arrabal de las delicias*, de Ramón Díaz Solís.  
*Ruyam*, de Pancho Vives.  
*Pequeñas pasiones de mujer*, de Guillermo Alonso del Real.  
*Memoria de siglos*, de Jacobo Machover.  
*El Cecilio y la Petite Bouline*, de Emeterio Cerro,  
*Dicen que soy y aseguran que estoy (Las Memorias de una Loca, Loca)*.  
de Raúl Thomas.  
*Cartas al Tiempo*, de Ana Rosa Núñez y Mario G. Beruvides.  
*Yo acuso y perdono (Confesiones de una mujer en los oscuros años del franquismo)*, de Maite García Romero.  
*Las Orquídeas del naranjo (Cartas para condenarme)*, de Alberto Díaz Díaz.  
*Nuevos encuentros*, de Martín-Armando Díez Ureña.  
*Móvil 8 (Testimonios del delito común en la Cuba castrista)*, de Severino Puente.  
*La hija del cazador*, de Daniel Iglesias Kennedy.  
*Las caras de la Luna*, de Raúl Thomas.  
*Viento de Lebeche*, de Carmen Hernández García.  
*Chivitas*, de Adriana Restrepo.  
*Carta para Beatriz*, de Luz Mercedes Pardo de Meyer.  
*Ceiba Mocha (Cuentos y relatos cubanos)*, de Roberto Cazorla.  
*Pagadero al portador*, de Carlos Pérez Ariza.  
*Cincuenta años de amor*, de Raúl Thomas.  
*Balseros cubanos*, de Carmen Fernández.  
*Las Vacaciones de Hegel*, de Armando Valdés.

*Tarde de Perros*, de Michel Serrano Ruiz.  
*El Castillo de los Ultrajes (Memorias de un derrumbe)*, de Paulina Fátima.  
*Juego de intenciones (Cuentos)*, de Jorge Luis Llópiz.  
*Casi todo pasó en abril*, de Martine Dreyfus Bendaña.  
*Decían que soy.., y tenían razón (Memorias de una Loca, Loca)*, de Raúl Thomas.  
*Astillas, fugas, eclipses (Cuentos)*, de Mirza L. González.  
*Esta tarde se pone el sol*, de Daniel Iglesias Kennedy.  
*Diez cuentos cubanos, más o menos*, de Andrés Alburquerque.  
*Meditaciones perrunas*, de Raúl Thomas.  
*Parto en el cosmos*, de Matías Montes Huidobro.  
*Poniendo los sueños de penitencia (Encantada de conocerme)*, de Nidia Fajardo Ledea.  
*Vivir lo soñado (Cuentos breves)*, de Ismael Samba.  
*Nunca podré olvidarte*, de Gisela García Martín.  
*Espacio vacío (Novela testimonial)*, de Daniel Iglesias Kennedy.  
*Adiós a las amazonas*, de Ángela Reyes.  
*Posdata de un amor desesperado*, de Raúl Thomas.  
*Sandra Salamandra*, de Sonia Bravo Utrera. Ed. bilingüe trad. al inglés por Nancy Festinger.  
*La odisea del Mariel (Un testimonio sobre el éxodo y los sucesos de la Embajada de Perú en La Habana)*, de Mari Lauret.  
*Emigrando (Cuba, Venezuela y España: 1945-2005)*, de Carlos Rodríguez Duarte.  
*Hacia un mundo nuevo*, de Mayda Silva.  
*Jornada de amor y lágrimas*, de Silvia Burunat.  
*Palabras de Mujer/Parables of Women*, de Olga Connor.  
*Mujer. Verdad y Mentira, Ángel y Diablo*, de Victoria Calzadilla.  
*La semana más larga*, de León de la Hoz.  
*La memoria olvidada*, de Luis G. Ruisánchez.  
*Josefa y Josefina*, de Silvia Burunat.  
*La alianza de oro*, de Nery Rivero.  
*Lo prometido es deuda*, de Raúl Thomas.  
*Monólogos dialogados*, de Silvia Burunat.  
*En Cuba todo el mundo canta (Memorias noveladas de un ex preso político)*, de Rafael E. Saumell.  
*Esencias de mariposa. La flor cubana desde 1492*, de Ruber Iglesias.  
*Autobiografía póstuma*, de Silvia Burunat.  
*Fantasías reales*, de Silvia Burunat.  
*17 memorias y un prólogo*, de VV. AA.

*Inscrita bajo sospecha*, de Mabel Cuesta.  
*De ceca en meca*, de Gabriel Cartaya.  
*Enterrado mi corazón*, de Leah Bonnín  
*Mi hijo escucha canciones cubanas*, de Ricardo Nanjari Román  
*Escribas*, de Aimée G. Bolaños.  
*From Heaven to Earth and Back (Manuel para enamorados)*, de Silvia Burunat.  
*Oración para el tiempo de las amigas*, de Julio Pino Miyar.  
*El regalo*, de Nelson Rodríguez Leyva  
*Siempre será lo mismo*, de Ricardo Nanjarí Román.  
*Mi vida en "La Piedad"*, de David Carlos Gall.



**David Carlos Gall**, nació en 1938 en Rosario, Argentina, es Maestro Mayor de Obras, estudió arquitectura y es Diseñador de Instalaciones Sanitarias e Industriales. Tras su paso por la Administración Pública como profesional, trabajó en prensa, radio y TV. Desarrolló su vida laboral en dos campos: Publicidad y Arquitectura Ferial en su país y en España donde reside desde 1982.

Desde 1983 edita la revista Técnica *MUNDO Ferial FC* (actualmente como medio ONLINE junto al *NEWS* semanal) cuyo primer número prologó el por entonces alcalde de Madrid, el Profesor Enrique Tierno Galván.

Creó el CLINIC sobre MARKETING Ferial, es conferenciante y consultor internacional sobre el tema.

*Mi vida en "La Piedad"* reúne quince relatos, de los cuales su autor solo ha publicado "El otro Don Julio" (1990) y "En realidad, vengo a vender una idea" (1993). A los 15 años comenzó su "andadura editorial" publicando en el *INDUSTRIAL N° 4 El Ojo que Mira* "Una voz clara y valiente al servicio de la vagancia", hoja satírica que le ocasionó su primer censura a cargo del por entonces Regente Mateo Roselló.



editorial **BETANIA**  
Colección NARRATIVA